



# CRÓNICAS DE LA COVID-19 EN CUBA

**Mario Ernesto Almeida**  
**Rita Karo**



MARIO ERNESTO ALMEIDA (Matanzas, 1997). Periodista graduado en diciembre de 2021 de la Universidad de La Habana, colaborador de revistas como *Alma Mater*, *Cubahora* y otros medios como *Cubadebate* y *Prensa Latina*. Aspirante a profesor.

RITA KARO (La Habana, 1996). Licenciada en Periodismo por la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Periodista en la revista *Alma Mater* y redactora en la emisora Radio Rebelde, labor que también desempeñó en Radio Reloj.

# CRÓNICAS DE LA COVID-19 EN CUBA

Mario Ernesto Almeida

Rita Karo



una editorial latinoamericana

Derechos © 2022 Mario Ernesto Almeida y Rita Cambara Castillo

Derechos © 2022 Ocean Press y Ocean Sur

Derechos © 2022 Casa Editora Abril

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-922501-57-8

Primera edición 2022

**PUBLICADO POR OCEAN SUR**

**OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS**

E-mail: [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

**DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR**

**América Latina:** Ocean Sur • E-mail: [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

**Cuba:** Prensa Latina • E-mail: [plcomercial@cl.prensa-latina.cu](mailto:plcomercial@cl.prensa-latina.cu)

**EE.UU., Canadá y Europa:** Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: [sevenstories@sevenstories.com](mailto:sevenstories@sevenstories.com)

ocean  
sur



[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com)  
[www.facebook.com/OceanSur](https://www.facebook.com/OceanSur)

# Índice

Introducción	1
Primera parte <b>Bitácora del Alma</b>	
Noche I	7
Noche II	8
Tarde III	11
Normal	14
Mosqueteros	15
La pincha sigue	18
Las gracias	20
Madrugada XI	22
Tarde XII	23
Noche XIII	25
Antes de partir	27
Marcos	30
Los médicos	33
PCR	36
Tarde XIX	38
Segunda parte <b>Miradas</b>	
Cruzar los brazos no es una opción	44
César, el residente	45
Yolanda espera en casa	46
Lisette, la doctora	48

Alejandro, el Ruso	50
Jorge y un cumpleaños feliz	51
Camila, alma de abogada	52
El diario de Andy	54
Pupo, doctor «Simpatía»	55
Zuneya, mamá gallina	57
Adrián, el coordinador	59
Yelena y Laura, como la noche y el día	60
Cama 12	62
Cambio de roles	64
Electrones libres	66
A modo de epílogo	69

# OCEAN SUR EN LA WEB

## UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

**[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com)**  
**[www.facebook.com/OceanSur](https://www.facebook.com/OceanSur)**

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



## Introducción

Las crónicas de este libro relatan las experiencias de dos jóvenes periodistas —ambos estudiantes en la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, en el momento de la publicación de los textos— que se brindaron como voluntarios en centros de atención a pacientes y sospechosos de la pandemia del nuevo coronavirus en Cuba. De las noches, una laptop y las notas tomadas en el móvil durante las jornadas de trabajo, salieron las líneas que relatan uno de los episodios más tensos que ha vivido la humanidad en los últimos años.

El 31 de diciembre de 2019, la Organización Mundial de la Salud (OMS) conoció sobre varios casos de neumonía en la ciudad de Wuhan, provincia de Hubei, en China. En enero del 2020, las autoridades del país asiático confirmaron que se trataba de un nuevo coronavirus, causante de la enfermedad denominada COVID-19.

Debido a la evolución del brote a nivel global, por el alto grado de transmisión del virus, la gravedad en la evolución de los casos y el número de fallecidos en los países afectados, en marzo del mismo año, la Dirección General de la OMS declaró a la COVID-19 como pandemia.

Hasta ese momento, el nuevo coronavirus había cobrado más de cuatro mil vidas y estaba presente en 113 países y territorios, por lo tanto, los gobiernos comenzaron a tomar medidas para enfrentar la amenaza que suponía la gripe. Regiones de



Europa y Asia presentaban una situación tensa y habían declarado cierre total de fronteras, así como toque de queda debido a transmisiones comunitarias y en grupos grandes de personas.

El primer caso positivo al virus del SARS-Cov2 en la Isla fue detectado en el mes de marzo de 2020. La vida se paralizó. Las personas temieron. Algunos eligieron quedarse en casa como opción para salvaguardar la vida, respondiendo a las medidas orientadas por las autoridades sanitarias. Otros, sin pensarlo dos veces, agarramos la mochila para dejar la piel en la lucha contra la enfermedad. Sin el afán de sentirnos gigantes, nos alistamos para prestar servicio en salas de hospitales y centros de aislamiento.

Realmente se sabía poco sobre la pandemia, y casi todos sentimos miedo y mucha incertidumbre sobre lo que nos depararían los próximos meses. El nuevo coronavirus detuvo al mundo, pero entendimos que la parálisis no podía detenernos. Conocimos que la distancia a veces salva vidas, que trabajar desde casa también nos haría sentir útiles; aprendimos rutinas diarias para ejercitar al cuerpo; racionalizamos alimentos y nos convertimos en obsesivos con la higiene personal.

También estuvieron los Quijotes, que pudiendo elegir la pasividad, seleccionaron el ejercicio de sororidad, y eso nos hace sentir orgullosos. Miles de jóvenes dieron el paso al frente para apoyar en su comunidad, con sus manos, incluso, en la Zona Roja. Cuando el mundo sumaba casos positivos y decesos, médicos cubanos se alistaban para prestar atención en varias partes del mundo. Hoy, las brigadas del Contingente «Henry Reeve» han luchado contra la COVID-19 en más de 60 naciones.

En marzo, los titulares y las cifras solo preveían un panorama peor para las próximas semanas, los picos de contagios aumentaban, mientras que en casa celebrábamos cada noche,

a las nueve, la hora de los aplausos en homenaje a todos los valientes que decidían cruzar la línea de fuego por sus semejantes.

La COVID-19 sumó dos características preocupantes: su propagación geográfica y la gravedad de los casos. Las noticias falsas comenzaron a circular, y la desinformación invadió en más de una ocasión nuestros chats en WhatsApp.

Un parte diario en la televisión cubana nos avizoraba sobre lo que vivían nuestro país y el mundo. El Dr. Francisco Durán, el reporte diario desde el Ministerio de Salud Pública y un café en la mañana pasaron a ser el desayuno de muchos. Pero, quedarse en pijamas, en casa, mientras los hospitales colapsaban con casos de contagio, al menos, para estos periodistas, no fue una opción.

Desde las universidades y centros laborales convocaron a través de las redes sociales a apoyar al personal médico en las instituciones de atención. Otros, bajo el sol de abril agarraron nasobuco y bolsas para repartir alimentos y compras del mercado a ciudadanos vulnerables y de la tercera edad. Nos movilizamos en esta lucha que era de todos.

Este libro, editado por Ocean Sur y la Casa Editora Abril, es una compilación de crónicas publicadas en la revista *Alma Mater* entre abril y agosto de 2020. La primera parte corresponde a «Bitácora del Alma» —premio especial a la cobertura de la COVID-19 en el Concurso Nacional de Periodismo 26 de Julio—, donde se narra la estancia de Mario, en la beca estudiantil del reparto Bahía, en el municipio Habana del Este. Estudiantes y profesores de la Universidad de La Habana, ante el cierre de las academias por el confinamiento declarado en el país, acudieron como voluntarios, a «echar una mano» en lo que hiciera falta.

La segunda parte es «Miradas». La idea surgió durante el viaje de Rita hacia el hospital «Salvador Allende» (Covadonga). Era julio y La Habana se encontraba en fase I. Los bares abiertos, el toque de queda retirado, una tesis a punto de finalizar, y, sin embargo, el deseo de ayudar fue más intenso que todos los peros que pusieron familia y amigos. Más de doce horas en el *pantry* de la Covadonga, y luego agarrar notas y teclado para sacar las líneas del día. La particularidad de este diario en pandemia es que cada entrega está dedicada a un personaje de la sala: médico, enfermera, estudiante o paciente. Una suerte de micro perfiles de quienes protagonizaban el combate a la COVID-19 desde la Zona Roja.

La travesía, desconocida para ambos, sumó un mes. Los textos resumen, entre cansancio, sueño y nuevos amigos, 14 días de trabajo y otros 14 aislados esperando los resultados de los PCR,<sup>1</sup> por suerte negativos.

Aquí encontrará personajes singulares. Gente buena. Relatos que pretenden contar una pequeña parte dentro de lo que supuso la pandemia de la COVID-19 en esta isla del Caribe.

Todos los días pensamos que la pandemia es parte de una pesadilla que acabará pronto, o que una dichosa vacuna nos permitiría —sin nasobuco— pisar las calles nuevamente.

A nosotros nos une el amor al Periodismo y a Cuba.

Mario y Rita  
La Habana, enero 2021

---

<sup>1</sup> Siglas en inglés de Reacción en Cadena de la Polimerasa.

# NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey  
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreriaAbrilCuba**



## **LIBRERÍA CUBA VA**

Calle 23 esq. a J,  
Vedado.



## **PUNTO DE VENTA**

San Rafael y Galeano.

# **BITÁCORA DEL ALMA**

Mario Ernesto Almeida

## Noche I

Josué montó al carro con una mochila medio vacía y un ventilador viejo de aspas destartaladas. El resto nos sentimos en ridículo. Mallorys y Daniela llevaban cada una su maleta y yo un jabuco de nailon enorme, otro más pequeño, la hornilla, el aparato del aire y la mochila a duras penas cerrada. Algún chiste pesado a lo largo del viaje... pero en general casi no hablamos.

Ha sido una jornada de leves dolores lumbares, subibajas y trabajo en equipo. Las pantorrillas y los aductores también han notificado sus molestias, pero lo importante, al menos eso creemos, resulta que los internos que arriben en las próximas horas tengan una cama tendida, una sábana, tres jabones, un cepillo de dientes, una toalla y un rollo de papel sanitario.

Entre descanso y descanso hemos recibido clases de Economía, de la mano de un doctor en la materia al que tratamos de tú, aun en medio del respeto que inspira el que estuviese doblando el lomo junto con nosotros.

Nos burlamos imperdonablemente de un loco que grita desde un edificio vecino, de las inusuales muletillas de un médico, de un enfermero aburrido al que atrapamos en plena «pesca», y de nosotros mismos.

Hemos hablado de literatura, de política, de comunicación, de física, de periodismo, de procesos químicos, de café y de complejos profesionales.

Sí. Hemos apostado, podría decirse, por mantener la calma y distender el ambiente antes de que todas las camas recién arre-

gladas sean cubiertas y nuestras vidas entren en el vértigo de un fenómeno que desde ahora se vislumbra como una caja de sorpresas.

En la habitación somos un físico y una filóloga recién salidos de las tesis de licenciatura, una estudiante de segundo año de Química y yo, de cuarto de Periodismo. Más abajo duermen dos trabajadores de la Universidad. Más arriba, médicos, enfermeros, técnicos.

El primero de muchos ya descansa en Zona Roja. Corre la primera madrugada del voluntariado. En medio del silencio de la noche, se escucha un totí que canta... que no duerme.

## Noche II

A las 10 y 27 minutos la epidemióloga tocó la puerta de nuestro apartamento. Daniela y Josué ya habían ido «al otro lado» durante el día. Pensé que me tocaba y comencé a vestirme.

El pantalón verde, el pulóver con el cuello en uve, la sobrebata que parece saya y abrigo al mismo tiempo, que tiene casi tantos amarres como una camisa de fuerza, que también es verde y me hace sentir un tejo más seguro mientras incrementa la torpeza. El gorro, el nasobuco, los guantes, las medias largas, las botas... la foto que insistieron en tomar, la comparación inmediata con un carnicero, el cambio de pose para transformarme en superhéroe.

Josué, por cierto, niega cualquier comparación con un Ranger, que mejor con uno de los X-Men, de Las Tortugas Ninja o de Los cuatro fantásticos. «Los Cuatro»: así se llama nuestro grupo de WhatsApp, donde hemos compartido artículos de diversa gama y que días atrás resultó eficaz plataforma de comunicación para no olvidar nada en casa.

En «la frontera» recibí informaciones precisas —o quizás no tanto—, doblé el torso para atravesar la línea amarilla y me dirigí al consultorio. La enfermera señaló la suciedad del baño, el vómito de una paciente, una presunta tupición y me dejó solo. «La primera vez nunca es la mejor», dije en silencio lanzando paralelismos universales y sin saber por dónde empezar, qué hacer.

Llevar dos pares de guantes podría definirse como un amordazamiento a las terminaciones nerviosas de los dedos, la palma, todo; perder —de alguna manera— uno de los pocos sentidos con que contamos para sobrevivir. Pensé en Mallorys. Asegura que los químicos quedan sin sensibilidad en las manos de tanto manipular «cosas raras».

Ella está solo en segundo año y ya no siente. No lo ve cual desventaja; se trata de un orgullo, un aval del gremio, como la marca en el labio superior de los trombonistas consagrados, como el caminar estrambótico de los bailarines, como la gastritis de los periodistas que pasan madrugadas a base de café.

El vómito fue sencillo de limpiar. Una estomatóloga me ayudó a mover trastos de las mesetas. Pasé cloro, paño, cloro. Una paciente apareció junto a la puerta y permaneció segundos mirándome fijo. Cuando alguien te mira busca los ojos. Tu cuerpo es un manojo de tela y es precisamente el nerviosismo ocular la garantía única de que no está en presencia de una máquina autómatas mal diseñada para labores sanitarias, que tropieza y suda.

La estomatóloga preguntó de dónde venía, por qué estaba ahí. Le conté y respondió que ella también tenía su sentido de pertenencia. Luego la enfermera inquirió qué estudiaba, el año. Reviró la mirada y al volverme a enfocar: «Papi, ¿tú estás consciente de dónde estás metido, del riesgo?».



Respondí que «algo». Mi padre —clínico, intensivista, emergencista— en cualquier momento estará en un lugar parecido. Mi madre —neuróloga— cada día lee del bicho que nos ocupa y suele hablarme de cómo se instala en determinada parte del cerebro, de cómo no solo se trata de una partícula micrométrica que tragan tus pulmones y quizás te mate.

Mientras escribo, Daniela —filóloga— entra y pregunta si comimos. Josué —físico— la embiste con la mirada y le dice que los virus no son partículas. Ella abre las manos y ríe. «Todos están locos», piensa.

Pasé otra vez por la sala del consultorio y la misma que tiempo atrás vertiera el vómito cerca de sus pies, me llamó. «Muchacho, el que limpia, pásale de nuevo al suelo que lo dejaste empañado». Me disculpé. Volví a secar.

A su lado descansaba, desvencijada en la butaca, una señora muy gorda: «Niño, ayúdame a levantarme para ir al baño». Dice Josué que todo hay que pensarlo, hasta de lo que estás convencido por completo. Tuve poco menos de un segundo de cavilación. «Esto es la Zona Roja y ella una vieja descompensada y enferma de cualquier cosa. Estoy forrado». Tomé sus brazos. Se paró.

Luego de abandonar los harapos en un saco negro y pasar cloro y jabón por cuanta parte del cuerpo, recordé en el instante, regresé al apartamento. Abrí la puerta. Mallorys, Daniela y Josué aplaudieron, sonrieron, preguntaron. Respondí a duras penas. Fui directo a la ducha. Ellos «dieron *play*». La serie —Friends— siguió andando.

Es la segunda noche.

## Tarde III

Josué y yo acometemos el primer sprint de limpieza. Trece apartamentos entre la una de la tarde y cerca de las siete de la noche. Cambiamos sábanas y toallas, desinfectamos mesas, muebles, manillas de puerta, mesetas, tazas de baño, lavamanos, grifos y, con una mayor concentración de cloro, arremetemos contra el suelo desde el balcón trasero hasta la puerta de salida —o entrada, depende—, pasando por la cocina, el baño, los dos cuartos, la sala y el balcón frontal.

Un chorro de lejía puede asesinar la transparencia del agua. Primero doy por hecho que la vuelve blanca, pero luego de mucho repetir el proceso, acepto que no resulta un color definido sino agua turbia y nada más. «¿Valdrá la pena sacrificar la transparencia?», pienso olvidando por completo el cubo.

El agua cristalina parece no matar «lo que anda» y, como en las películas, dos buenos —o más— tienen que juntarse para derribar al villano.

El cloro resulta un aliado peligroso y todo el tiempo da señales. En las falanges del guante forma pelusas blanquecinas y, ante un descuido, los ojos comienzan a lagrimear y la respiración se hace pesada. Te estremeces otra vez con la cruda certeza de que no andas jugando y dictaminas que quizás se te ha ido la mano. A fin de cuentas, el «chorro» no postula entre las unidades de medida más precisas.

Cuando limpias cerca de Josué, desde el minuto cero, sientes que todo irá bien. Aun con nasobuco, su dicción resulta precisa y sus ideas han demostrado mayor destreza que las mías.

Ante el paciente, sabe explicar con aires de doctor en ciencias cuál será nuestro procedimiento, o decir «no» al que pregunta

por fuego, para acto seguido esgrimir que, de tener, tampoco se lo permitiría.

Josué confía en sí mismo, en su moral.

Por otra parte, impacta la forma en que nos presenta en cada apartamento: «Buenas tardes, somos el personal de limpieza. Venimos a desinfectar».

Cuando Josué habla así, olvida las celdas fotovoltaicas, sus sueños de investigación y asume. Sabe que en el centro de aislamiento no se precisan físicos y que, cuando lo divisan atrapado en verde, en lugar de al recién licenciado de una carrera que «espanta», ven a un tipo flaco y alto que viene a destupir el caño y a hacerlo bien.

Con aspecto árabe-hindú, madre mexicana, padre criollo y residencia en una zona cuasifresa de El Vedado, Josué resulta también un poco filósofo. «Comunista radical», dice. Ha leído a Gramsci, Marx, Lenin... y, desde su llegada, medio que raptó un grueso volumen de Historia de la Filosofía III que detectó en una pequeña biblioteca condenada al polvo.

Sin decirlo vamos compitiendo. Ninguno de los dos aceptaría la vergüenza de obrar menos que el otro, de quedar —horror— como un acomodado o un flojo que vino a crear fama y lo asustó el trabajo.

«Somos guerrilleros», aseguramos a quien nos ponga en duda y a nosotros mismos, para no perder de vista que a estas alturas ya no queda de otra.

Una anciana observa con benevolencia mis pésimas habilidades con la frazada y propone: «Muchacho, ¿quieres que te limpie?». Con falso optimismo, digo saber que lo hago mal, pero que estoy aprendiendo. Ella me responde: «No es eso, es que vas a perder la columna». La ignoro.

Casi termino en su sala.

Luego de seis apartamentos, el acto de trapear ha destrozado las espaldas y los pulmones se declaran agitados. La sed aparece. Tememos descubrir el rostro.

Paramos cinco minutos. Seguimos.

En otro apartamento, un hombre asustadizo de 50 años nos pide volver más tarde, porque el resto duerme y él no puede despertarlos. Le insistimos en que no será posible, que por favor.

Continúa en sus negativas y Josué lo encara: si quiere dígalles que nosotros lo mandamos. Humillado, el tipo cede.

Mientras riego agua con cloro por la sala, se queja como quien no acepta, casi en llanto: «No sé por qué tuve que ir al consultorio. Al final no tengo nada y estoy aquí». Lo repite una y otra vez en busca de mi respuesta. Yo no sé nada. Solo limpio. Cuando estoy a punto de salir insiste con lo mismo y me detengo con todos los utensilios agarrados: «Son tiempos difíciles», le digo. «En realidad, nadie sabe». Bajo escaleras.

En el apartamento de abajo, ninguno de los cuatro pacientes supera los 28 años. Sintonizan Tele Rebelde. Tienen mi edad, mi carapacho. «Socio, déjame limpiar la mesa», digo a uno que, sentado sobre ella, intenta corregir la señal. «Asere, dame un chance», pido a otro que, tirado en el sofá, accede a levantar los pies para que el traperero pase. Los mando a recoger un dominó. Es incómodo.

Para cuerpos triturados, la única tranquilidad consiste en que no quedan fuerzas para ninguna otra empresa hasta el otro día.

Solo sueño y descanso.

Muere la tercera tarde. El repugnante calor convierte a la ducha en algo mágico. Sobre la cama, recibo el mensaje de mi padre que pregunta «¿qué tal?». Le respondo que «desbaratado», que limpié como nunca en mi vida. Su contrarréplica es sucinta: «El trabajo enseña».

## Normal

No quiero engañar a nadie: cuando estás limpiando pisos, necesariamente no te dan ganas de cantar un himno. Lo más probable es que ni siquiera sientas deseos de cantar. La careta de acetato se empaña, el haragán se cae, tropiezas con el cubo y la frazada se zafa del trapeador. El cerebro está al pendiente de disímiles detalles y si te pones a pensar en las musarañas probablemente lo hagas todo mal.

El centro de aislamiento no es necesariamente un lugar para sublimidades, insisto; se trata más bien de un sitio normal, donde el sol sale por un lado y se esconde por otro, hay gatos viejos, gatos nuevos, gatos tembas, mangos que se caen de la mata, y hasta una perra que pare bajo un banquillo de concreto.

Existen chuchuchús, líderes de opinión, malentendidos y voces enredadas entre los labios y las telas de los nasobucos.

En medio de todo, nosotros limpiamos los apartamentos, intentamos cuidarnos y comemos mucho melón.

Dicho esto, confieso que la palabra «héroe» a veces me tortura. No sé si incomoda su fonética o simplemente el que empiece con hache y esa —la hache— me parece en determinados casos un adorno innecesario, algo arcaico, formal y ampuloso. Les habla mi indolencia, que cree, por cierto, que «héroe» posee un parentesco bastante cercano con la letra de marras.

Pasando a temas más mundanos, Marcos —recién graduado de Química— y Camilo —tercer año de Biología— se han sumado a la tropa. El primero tiene un escudo ultraefectivo contra el virus, que ha construido con un material llamado «cuidado extremo». A veces se pasa. Mallorys lo sorprendió «desinfectando» una pastilla bajo el grifo. Para mayor bochorno, el fármaco se lo acababa de dar ella.

Por su parte, Camilo es muy malo en los juegos de palabras, trabaja como un mulo, suda a mares y está loco por «tirar» un dominó.

La tónica de reír continúa. Ya casi no nos burlamos del resto, hemos llegado a conocernos tanto, hemos soltado tantas pifias, que para materia prima nos alcanza con nosotros.

Hoy hablamos del hombre neandertal, del homo sapiens, de la genética y hasta del cocodrilo cubano.

«Fue un buen día», me dijo Daniela cuando casi salíamos de la Zona Roja.

## Mosqueteros

Nuestros relojes están sincronizados. Mientras anuncian las 4 y 59 de la tarde, en el televisor camina una película que de seguro habrá costado millones de dólares, en la que los animales matan hombres y mujeres por el simple impulso de sus instintos, porque son malos, porque sí y porque la sangre vende.

Tras un poco de trabajo matutino, hemos caído en estos sofás y ha echado a andar nuestra habitual habladuría. Los científicos amenazan con la cuántica, los de letras con las estructuras básicas complejas... y así: cada cual medio aprende algo del otro.

«Deberías escribir de Alexis», comenta Josué. Se trata del *utility* del centro de aislamiento. En tiempos mejores, trabaja como educativo en la propia residencia estudiantil, por lo que ineludiblemente asocia cada habitación con un grupo de alumnos. Enciende el motor del agua, intenta arreglar lo irreparable, ayuda a brazo partido en el comedor, garantiza conexión a los pacientes y habla con tanta sencillez, parsimonia y tacto, que Daniela asegura que es un tipo adorable.

Resalta su sensibilidad. Sabe que hay que espantar a los gatos de las zonas de comida, pero los alimenta en las afueras. Fue precisamente él quien puso una lata llena de leche junto a la perra recién parida, porque sabe que, hasta para el animal, los días que corren son duros. También aboga por los pacientes y, si alguien intenta persuadirlo con que «eso no es nuestro problema», queda unos segundos en silencio y remata con que la cuestión es de todos.

Pinareño, atlético, espejuelos, treinta y tantos, par de canas... se sienta a hablar contigo y, de acuerdo con tu carrera, saca de la cabeza algún amigo de sus años y su tierra, que mágicamente puede coincidir con uno de tus más queridos y respetados profesores. «Es bueno», insiste Josué. «Sí. Sí. Se ve que es buena gente», respalda Marcos.

En «las encuestas» ha salido a relucir que, en lo que respecta a trabajo aquí adentro, ocupa el uno o el dos del *ranking*.

J.J., el del rectorado de la Universidad de La Habana, resulta otro de los inocultables. También ronda los treinta y su mirada se me antoja como una de esas que lo escrutan todo durante 18 horas al día.

Tiene un pensamiento estratégico: estudia las implicaciones de cada acción, calcula las diversas variantes, las mejores soluciones y no calla, porque sabe que de lo que salga o no de su boca puede depender que algo funcione.

Es nuestro escudo. Se faja por que no corramos más riesgo del que nos corresponde o del que —mejor dicho— asumimos antes de llegar; el que más nos escucha, nos entiende y quien alguna noche se nos ha sentado en la sala para integrarse al club de las «conspiraciones».

Su nombre vuela por los aires cada tres minutos y su voz, pausada y resonante, se acomoda siempre en un vocativo antes

de desarrollar la respuesta. Sabe dónde está todo y, cuando lo «joden» más de la cuenta, convierte su rostro en una alambrada de sarcasmo. Lidera.

Por último, al menos hoy, mencionemos a Fredy, más conocido últimamente entre nosotros —desde el cariño— como «el gobernador». Se da sus pérdidas, pero siempre aparece para emitir algún consejo, orden, cierto chiste, dar un codazo o decir: «verdad que ustedes son unos guerrilleros».

Dirige un centro deportivo de por acá y hoy alardeaba que lo suyo era la lucha, donde incluso obtuvo medallas. Guantanamero, menudo, casi sesenta, mirada de guajiro noble. Suele quedarse medio perdido cuando varios llaman su atención y a veces baja la cabeza y dice algo ininteligible y se escurre, pero ha demostrado que siempre acaba al pie del cañón, donde el estruendo puede ensordecir a cualquiera y donde más de una vez han caído los trozos de metralla.

Hace unos días lo atrapamos saliendo del comedor con tres platos de comida y le preguntamos entre risas: «Fredy, ¿cómo que ya te vas a comer?». Moviendo hacia los lados la cabeza, aseguró que no era para él, porque quién ha visto a un jefe comer antes que los demás. «El primero para el trabajo y el último para la comida», sentenció.

\*\*\*

Continuamos maldiciendo las industrias culturales de la filmografía — algunos las defienden a capa y espada — y en nuestros relojes sincronizados casi dan las seis. J.J. nos llama por un costado del apartamento y Fredy lo hace desde otro. Llega el carro de la comida. Alexis ya descarga.



## La pincha sigue

En poco más de una semana he visto a Mallorys llorar ante el diagnóstico de una alergia, a Josué pasar en calzoncillos de un edificio a otro por olvidar ponerse el short bajo el traje de «fogueo», he visto a internos tirar cabos de cigarro al suelo segundos antes de que limpiemos y, bajando una escalera, se me zafó el asa de un cubo lleno de agua sucia, que rebotó hasta las piernas de un paciente.

He visto a Marcos metiéndose con todas las enfermeras y darle ánimos a una señora a punto del desmayo, mientras Daniela corría al consultorio en busca del médico. He comprobado que Camilo no tiene idea de cómo se limpia, pero que se faja, carajo, y con un haragán de cabeza suelta saca el agua acumulada en un balcón, tirándola sobre sus propios zapatos, es cierto, pero pa'fuera... siempre pa'fuera.

Una semana y dos días hemos pasado en el centro de aislamiento. Jornadas de trabajo y horarios corridos, de conocer a la gente por el pronunciamiento del tabique, el caminar, el largo de los brazos o las muletillas. Muchos ojos y antifaces; pocos labios, pocas narices, ningún bigote.

Días atrás, limpiamos un apartamento donde permanecía una pareja con sus dos hijos. El mayor —dieciligeros— se tiró al sofá, el menor —diecicortos— permaneció en una de las butacas aferrado a un mando de PlayStation cuyo cable surcaba la sala. En el otro mueble, se había acomodado en postura romántica el matrimonio.

Para desinfestar las mesetas, comencé a mover todos los trastos hacia una silla y descubrí, arrinconado en la esquina interior de la superficie enlozada de grey, un vaso desechable con el agua hasta el borde. «Eso no», dijo nerviosa la mujer a

mis espaldas. Le respondí: «Claro, no se preocupe», y volví a pasar el trapo empapado de cloro mientras recordaba que yo también había dejado uno dedicado a mis viejos —quién sabe si ahora atiborrado de larvas—, sobre el refrigerador de la casa.

Regresé a la sala y todos continuaron inamovibles, incluso cuando la señora indicó que había papeles y náilonés bajo una silla. Solo el más pequeño derrochó agilidad al descubrir que mi traperero, torpe y «encolchado», le iba a destrozar el cable del PlayStation.

Hoy volvimos a ese apartamento. Apenas entramos la mujer lanzó: «Deberían dejarme limpiar a mí. Al final... yo lo hago mejor que ustedes». La ignoramos y seguimos hasta el balcón trasero y ahí, luego de computar miradas, cansados, dimos medio giro, le dejamos el trapeador y partimos.

En el resto de las puertas la acogida había sido distinta. Desde la distancia, los pacientes preguntaban por los resultados de sus exámenes PCR, nos decían, entre compasivos e ilusionados, que para qué limpiábamos o les cambiábamos las sábanas o el aseo, si los resultados llegarían hoy y se irían para sus casas y todo se iba a acabar.

Nosotros insistimos, porque nunca se sabe y... efectivamente, asumimos a esta hora, los dictámenes vendrán mañana.

Hace tres días, mientras limpiábamos un cuarto, un hombre se preocupó por el agua clorada. Sus pulmones son débiles y, según él, «si el coronavirus me agarra no hago el cuento». Esta tarde, el mismo tipo —tatuaje del Che en el brazo— estaba alegre, recogía los bultos, doblaba sábanas, bromeaba y, no sé, parece que la presunta victoria le alumbró el rostro.

En el último apartamento, mientras salíamos, las dos señoras nos gritaron «los veremos» o «los queremos». No entendimos bien.

Ayer, cómo olvidarlo, dos pacientes y una de las vigilantes de escalera fueron diagnosticados con COVID-19. La tarde resultó tensa y, en la noche, el médico jefe nos anunció que los 14 días de aislamiento, luego de esta semana, ya no serán en casa.

Amanecemos con una aguja hincada al brazo derecho. Los resultados del test rápido nos calmaron a todos. El *team* de guerrilla universitaria sigue ileso, cada vez más forrado y pinchando.

### Las gracias

Para Mallorys, los tomates son redondos; según Marcos, elipsoides; de acuerdo con Camilo, «podría decirse que esféricos», Josué argumenta que cosas rarísimas o geoides, si lo comparas con la Tierra y, de guiarnos por Daniela, llegaríamos a la conclusión de que resultan «tomáticos». Sin embargo, después de tanta col y remolacha, el tomate alcanza la calificación de milagro por estos lares.

Teorizo al respecto porque hoy, cuando terminábamos de repartir el almuerzo, Fredy apareció con una caja llena del vegetal en cuestión y otra con mangos. Nos aclaró que era un regalo y fuimos «en pandilla» hasta la valla con las manos desiertas y un «gracias» del tamaño de estos dos bloques de prefabricado saliéndonos por la boca.

Ahí estaba Joaquín —agricultor, más de sesenta, rubio, gorra, trajes desgastados por años de trabajo duro— junto a una carretilla poco convencional que le sirvió para venir con los dos cajones desde su finca. De manera fugaz, como suele ser todo por acá, nos explicó que ayer supo que estábamos aquí gracias a la televisión y vino a traer lo que pudo.

—Mi kiosco es el de frente a la parada de la A-58, aquí en el Bahía —aclaró.

—No, ellos no saben porque son de la Universidad —dijo Fredy.

—Sí —insistió Joaquín, en alusión a los becados habituales—, los de la Universidad siempre pasan.

A la hora de la comida, todos nos pusimos en función de picar los vegetales. Llevamos nuestros propios cuchillos y de algún lado aparecieron aceite y sal. Logramos llenar un vaso desechable para cada paciente, médico, enfermero, técnico y hasta para nosotros mismos.

Fue una fiesta preparar todo aquello y jolgorio también las caras de Jérica, Jennifer, Irma, Michel y Mayelín, los vigilantes de escalera en turno, encargados de recepcionar todo aquello y entregarlo personalmente a los internos.

Por la parte de los mangos, apenas alcanzaron para los pacientes y el personal sanitario de guardia. Nos sentimos —sin mangos— satisfechos de que el trabajo hubiese sido más en equipo que nunca, más rápido incluso, y de imaginar también un buen comienzo de noche para los pacientes, matizado por el congri, el pollo y la clásica col, además de los ya alabados presentes de Joaquín.

Otra técnica innovadora del día fue esterilizar hasta el cansancio pomos de agua congelados e introducirlos en los termos del jugo, para que, cuando el compuesto de mermelada y agua llegase a nuestros destinatarios, no estuviese, como casi siempre, caliente. El proceso fue evaluado y validado por dos químicos, un físico, un biólogo, una filóloga y Alexis, que es graduado de Historia.

Quizás mañana alguno se queje porque sus tomates no tenían mucha sal, el mango que le tocó carecía del tamaño

mínimo indispensable para sus estándares, el arroz estuviese tibio o, sencillamente, porque no puede permitir que pase un día sin que su opinión punzante se escuche... aprenderemos.

Sin embargo, tal vez gracias a Joaquín, voy curado.

Por unos días, mientras no tenga con qué acabar con ellas, ignoraré las miserias del alma, las abandonaré a su suerte, las dejaré solas. ¡No a los miserables!, a esos no. Pero, insisto, sí a sus miserias. A simple vista no puede verse quién las lleva y, por tanto, tenemos que abrazar a todos por igual y sonreír por cada agradecido que salte.

## Madrugada XI

Oncena madrugada. Ochenta y ocho minutos.

Todos arriba, frente al televisor. No aguanté más. Agarré la jarra como quien tiene sed y vine a sentarme a la cisterna.

No es buen sitio. Los mosquitos, mi sombra desarreglada, el perro que acaba de olvidar mi presencia, el sonido distante de un chorro de agua a presión, el eco mudo de la noche sin viento, sin luna, azulada, vacía; otra vez la sombra peluda que me mira, el perro que me redescubre y vuelve a ladrar, que se acerca y ladra más alto, que se extraña y no concibe que, después de poco más de un mes, haya alguien sentado de nuevo en este quicio de cemento que pincha tanto las nalgas como lo hace la impotencia.

Estoy de vuelta en la sala. Una con cuarenta y ocho. Bugs Bunny, desde la caja tonta, trata de meterme otro mundo por los oídos y los ojos. Me asquea.

Marcos está rendido sobre un colchón en el suelo. Tal vez ahí amanezca. Mallorys, como en penitencia, navega sentada contra una esquina del balcón. «Tal vez ahorita se levante»,

pienso. Camilo anuncia partir hacia su apartamento y balbucea alguna somnolencia. Lo despiden.

Daniela yace de lado en su butaca de turno. Las piernas le escurren por el brazo izquierdo, cubierto de vinil blanco sucio, y la cabeza reposa en la intersección del derecho con el espaldar. Daniela ha cerrado los ojos. El pato Lucas habla.

Josué ríe. Mira al teléfono y al televisor alternativamente. Recuesta la nuca sobre sus muñecas cruzadas mientras sostiene un pomo con agua y cloro. Se levanta, camina, pregunta por el control y toma asiento en otra butaca, al lado mío.

Contrario a la cisterna, este lugar casi se me antoja el paraíso. Por eso bajé hace un rato: a pensar en fantasmas, penumbras, soledades; a ser carne de mosquitos, monstruo para gatos; a intentar, de alguna forma, desencantarme de esta gente que la vida me puso cerca y que, de cualquier manera, en pocos días, me los va a quitar, quizás, para siempre.

Dos con veinte. Poca batería. Madrugada perra. Ni siquiera ladra.

## Tarde XII

Camilo aparece por el pasillo y propone celebrar. «Claro — responde Josué —, hoy es el cumpleaños de Lenin». Risas.

Más allá del histórico alumbramiento, en nuestro pequeño espacio ha ocurrido algo trascendental: los pacientes que hasta hoy quedaban en el centro de aislamiento resultaron negativos en su examen de PCR.

Las últimas horas de esta tarde se han sumido en el vértigo. Daniela da fe de haber presenciado una cariñosa «conversación de solar», cuando una interna de sonrisa amplia y una enfermera intercambiaron sendos contactos desde la distancia.

- ¡Te voy a llamar!
- ¿Qué?
- ¡Que te voy a dar mi teléfono!
- ¡Ah, dale, coge también el mío!

Justo a la hora de comer iniciaron las salidas y era tal el sobresalto que, de los cuarenta y tantos, pocos tuvieron la voluntad de llevarse el plato en la mano.

Lo supimos ya en el comedor y, por un instante, nos impactó el que la rutina diaria de organizar alimentos en determinado número de bandejas, de dosificarlo todo, hubiese, sin aviso previo, acabado al fin.

Daniela, que al parecer por estos días no hace más que correr, se desprendió hasta la «frontera» para pedir que no salieran aún. Minutos más tarde, a buen paso, apareció Josué con platos retractilados.

Una señora cubierta por completo de telas verdes gritaba el destino del vehículo presto a partir. Con los primeros movimientos tumultuarios, se escuchaban aplausos desde todas partes: palmadas fuertes, sinceras, porque no existía en ellas más obligación que la salida del cariño y la empatía que nace de esa gente que ha tenido la voluntad —la fuerza— de compartir, desde el comienzo, un trozo del calvario ajeno.

En la Zona Roja, maletas, ventiladores, jabas, pañuelos, personal de guardia, (ex)pacientes, gritos, cubos, el portón de par en par y, a pocos metros, «gacelas» con las puertas de corredera abiertas.

De la línea amarilla para acá, el doctor Daniel chocando sus manos hasta el dolor; Nelson, el enfermero, lanzando algún que otro alarido confianzudo; Fredy sonriendo bajo la mascarilla mal puesta; Alexis evitando cualquier manifestación de apuro que lo alejase de ver cómo todos se iban.

Irma, la podóloga, dijo de un grito «Cuídate, Juan», que pudo haber sido un «Cuídate, Amalia», un «Cuídate, Ernesto», un «Protégete», quizás genérico, universal... sublime. «Igual tú».

Más aplausos. Frases sueltas. Incipiente sensación de vacío. Alivio. Aplausos. Rostros por primera vez descubiertos, familiares hasta cierto punto, que estaban —sabíamos— a pocos pasos de perderse por ahí, sin vuelta atrás.

De regreso al comedor, mientras organizábamos y recogíamos las sobras, Daniela, Josué, Marcos y yo nos dimos un abrazo. El primero después de tantos días. Fue extraño, tal vez mortífero a mediano plazo, pero nos hacía falta y lo hicimos. Debe ser que los soldados, en la estupidez de la épica, suelen celebrar cada pequeña victoria como si se hubiese ganado la guerra.

### Noche XIII

Quizás sea por el cansancio acumulado durante casi dos semanas sin frenos o por el puntillazo mortal de que anoche, entre juegos, cuentos y chistes, por poco no dormimos... o tal vez por los más de veinte apartamentos —ya vacíos— que nos propusimos limpiar durante el mediodía. Lo evidente es que a las siete de la noche de este jueves 23 de abril, no hay entre nosotros voz que responda, ojo que abra o cuerpo que abandone la nunca bien ponderada posición horizontal.

Almorzamos tarde y uno a uno fuimos cayendo, esta vez sin la preocupación de que alguien dependiese de nosotros para recibir alimento y sin la letanía psicológica de sabernos amenazados por horarios establecidos. Esta vez, la llegada de la camioneta con la comida no representó una alarma de bomberos que nos hiciera correr escaleras abajo.



Tengo que confesarlo: he aprovechado para dormir de manera tan profunda, que aún no me siento por completo el pellejo de la cara. Gloria.

Un centro de aislamiento sin pacientes continúa siendo un campo de batalla — cuanto menos — con alguna que otra mina antipersonal regada nadie sabe por dónde.

Por ello, la desértica Zona Roja nos recibió forrados como en el peor de los días. No pensamos permitir que el león nos muerda cerrando la reja, mucho menos después de haber atravesado su jaula.

La desinfección de hoy —podríamos decir— fue un acercamiento antropológico.

Particularmente, un estudio empírico sobre el terreno que nos permite conocer un tanto mejor al mono sapiens sapiens, por las condiciones en que abandona un hábitat de paso.

Conclusión... sin salirnos de lo coloquial: ¡qué manera de dejar rastros! No obstante, hemos de reconocer que ciertos grupos de la especie que nos ocupa se tomaron el trabajo de dejar todo tan pulcro, que los hemos identificado como referentes de la esperanza. Signo —quién lo niega— del tan anunciado «hombre nuevo».

Mientras trapeaba, a riesgo del error, pensé en la bitácora. En cuánto le queda a ella o, lo que es casi lo mismo, cuánto me queda a mí haciendo esto: limpiar pisos, recoger basuras, alcanzar platos, disfrazarme de duende para, entre otras cosas, poder escribir; evidente caso de egoísmo.

Se agolparon en mi cabeza las constantes muestras de afecto que han ido llegando gracias a este improvisado diario de campaña, y creo salvarme al decir que, aunque muchas tuviesen mi nombre como destinatario, siempre las vi encaminadas a todos

los que de alguna forma y en cualquier lugar, sin nombre ni pluma, «sirven»; explotemos la palabra.

Regresando al ambiente somnoliento que ahora mismo me envuelve, acabo de asomarme al balcón para ver, como un niño, un viejo camión cisterna del ejército que lanza agua clorada a presión contra la calle. Tiro fotos. El camuflaje me gusta.

Por otro lado, mientras rueda el noticiero, el doctor Daniel —médico jefe— nos ha anunciado que mañana partimos hacia un nuevo lugar para dar comienzo a la siguiente etapa de aislamiento, presuntamente más pausada.

En cuanto a la bitácora, tal vez tenga unos cuántos días más que yo de vida útil, porque la falta de tiempo legada por el diarismo y los horarios de trabajo, me ha obligado a prescindir de historias que ahora voltearé a recoger.

Aquí quedamos con la sensación de que todo ha ocurrido demasiado rápido y de que, quizás, no hicimos tanto. Nos venimos diciendo —hace días— que, de resultar necesario, querríamos volver. Si fuéramos los mismos y juntos... mejor.

Esta será noche de cine.

## Antes de partir

Corre la tarde de nuestro día 14. Luego de cinco horas de espera sedentaria, la «gacela» ha llegado.

Cuando el cuarto se llena de bultos y los colchones de espuma aparecen destendidos, en el aire se respira cierto tufo a destierro. Nos preguntamos si acaso volveremos a poner un pie sobre estas lozas y decidimos no pensar mucho en ello porque al final no importa tanto o, peor, porque sabemos que es casi imposible.

Hemos huido de la melancolía con el actuar cotidiano. Tiramos un colchón al suelo de la sala, nos burlamos una y otra vez de las torpezas de cada cual, de los chistes convertidos en clásicos a lo largo de estas dos semanas.

Camilo echa a andar Naruto en la laptop de Josué, que se comunica por HDMI con el televisor.

Las posturas encontradas levantan presión y logran como consenso que el japonés quede mudo y suene en paralelo la banda sonora de algún filme bien concebido.

Para apaciguar la sensación de salida, acudimos a prácticas legendarias de la especie como la de recolectar. En el centro de aislamiento hay una mata de mangos que posee tal magnetismo, que durante los últimos días podía identificarse como el norte del sitio. Todos: pacientes, médicos, enfermeros, técnicos y hasta nosotros, miramos más de una vez hacia ella y varias discordias surrealistas nacieron y se desarrollaron bajo sus gajos.

Antier habíamos ido y, en medio de los intentos frustrados, apareció el *bullying* de los pacientes que quedaban. Me gritaron desde el quinto piso que en el balcón más cercano a la mata había una cabilla. Ante la insistencia abandoné las piedras, encontré el hierro y comencé a golpear las frutas. No caían.

Comenzaron a vociferarme que estaban verdes y que tenía que trepar la mata. Decidí ignorarlos, solté la cabilla y regresé a mi viejo estilo de pedradas. Culpemos a la tensión; los mangos continuaban sin caer. Los pacientes me gritaban más y más. «Tienes que treparte». «Esa mata está fácil». «Deja la bobería, chamaco».

Para seguirles la rima, les grité que con piedras me resultaba mejor porque yo era pelotero. La respuesta fue inmediata: «No seas mentiroso que en tu vida no has jugado pelota».

Hoy regresamos a la polémica mata de mangos y me alegra decir — sin alardes ni nada — que logré limpiarme. Para un guajirillo adaptado a esos gajes, un mango por cada tres piedras resultaría un bochorno. Sin embargo, para un niño «bien de ciudad», dicho balance se monta en grandes ligas.

Siempre he estado a medio camino entre ambas clasificaciones. Lo mío es comerme el fruto sin que importe cuánto haya que lanzar para bajarlo de la mata. Aunque mostré buena zona de strike, varias veces quedé perplejo al constatar que mis proyectiles caían cerca de algún que otro «ambientoso» de reparto que transitaba la calle aledaña. Regresamos al apartamento con las manos llenas.

Lo más sublime de la jornada fue la carta. Fredy nos había pedido hace unos días redactar algo «conmovedor» para los que habían trabajado en el centro durante estos días: «Ustedes, que son universitarios y escriben bonito, háganme ese favor».

Estuvimos dándole de largo, hasta que Daniela se lanzó. A pesar de que luchamos contra Fredy para despojar de formalismos arcaicos el documento, no pudimos prescindir de los pies de firma de los funcionarios. Eso sí, nos impusimos para no aceptar, bajo ningún concepto, la inclusión de «aguerridos compañeros» o «estimados compatriotas». «Así no funciona, Fredy», argumentó Josué.

Con fecha 24 de abril de 2020, desde Habana del Este y en plena pandemia, la escueta misiva decía así:

«No es lo mismo esperar el demonio que verlo llegar», es lo que siempre dice el doctor Luis Daniel. La espera ofrece el consuelo del tiempo, la distancia y la posibilidad de prepararse, o de creer que uno puede prepararse. Cuando la espera termina y finalmente hay que enfrentarse al enemigo,

nadie está verdaderamente listo; mucho menos cuando en sus manos lleva la responsabilidad de la vida de un extraño, de un amigo, de la familia, su propia existencia. En esos momentos cualquiera pudiera pensar que hay que «dejar a un lado los miedos», «ser valiente». No, no se puede. El miedo no se va, el miedo acompaña, y en dosis prudentes suele ser buen consejero.

Ante un adversario nuevo, invisible, letal, ¿cuál es la alternativa? ¿Permanecer eternamente a la sombra de la espera? ¿Cerrar los ojos muy fuerte y desear que la muerte no nos encuentre? ¿O coger al miedo de la mano y pasar la frontera, la delgada línea que puede separar la vida de la muerte?

A los que tienen miedo e incluso así cruzan hacia la Zona Roja; a los que, aún sin sentirse preparados se colocan los guantes; a los que no pueden evitar mirar los ojos de los pacientes para buscar en ellos la vida; a los que entienden que es tan importante alcanzar un vaso de agua como prescribir un medicamento; a los que el verde del traje se les oscurece por las gotas de sudor y al mismo tiempo, con los días, se les destiñe de tanto usarlo; a los que han asumido; a los que están...

Gracias infinitas.

## Marcos

Marcos manifiesta alergias al látex. Los guantes con los que limpiábamos estaban diseñados a base de dicho material y, por ende, cada vez que cruzaba al «lado de allá» regresaba con incipientes erupciones en la piel de sus manos, de las cuales no lo salvaron ni siquiera los guantes especiales que Marian, la vicerrectora, pudo conseguirle.

De todos nosotros, se trata del más incisivo en cualquier tipo de desinfección. Quien más cambiaba el agua clorada del cubo

de baldeo en cada apartamento. El único que movía los sofás y las butacas para que no quedase ni hijo ni nieto del virus o de cualquier cosa que se le pareciera.

A su lado hemos lucido desde descuidados hasta insensibles. El último día de limpieza, muchos dejamos las frazadas viejas en los apartamentos pensando que los nuevos internos las agradecerían y él, con el tacto histriónico que lo caracteriza, lanzó su regaño. Nos puso en el lugar del paciente, en lo que sentiría al llegar a una «casa» que no era la suya y encontrar el trapo de marras usado. Vergüenza.

Durante una de las noches en las que jugábamos a adivinar películas, Marcos y yo militamos en equipos contrarios. Como en la segunda o tercera ronda de nombres, sospeché. Al buscar en Internet, descubrí que el extraño título de la cinta era inventado, así como los anteriores que su equipo había propuesto. Mientras buscaba, Josué se trancó en el baño a reír y Marcos tuvo que tirarse en una cama del cuarto, casi sin poder respirar, también por la risa.

El rostro me cambió de manera radical durante el resto de la madrugada, fachada tras la cual pude inventar nombres de películas, sin que sospechasen, a modo, ya saben, de venganza. No obstante, Marcos se mantuvo preocupado, sobrecogido. Cada diez minutos me miraba con pena y decía: «Tu cara no me gusta. Tu cara no... ».

Una tarde, mientras limpiábamos el consultorio, una enfermera le pidió pasar sobre lo mojado para ir al baño. Él, para sonsacarla, le dijo: «Cómo no, compañera, si yo sé que a esa edad el esfínter no aguanta». La señora, cincuenta y largos, entre risa y chancleta le respondió: «¿Qué cosaaa? Aquí donde tú me ves yo todavía subo y bajo».

La enfermera vio los cielos abiertos para molestarlo y, al rato, le esgrimió: «Ven acá mi vida, ¿tú limpias así de bien en tu casa?».

Marcos respondió que más o menos. Ella se encendió en ironías y gritó: «No me digas. ¿Aquí sí y en la casa no?», rió. «Si es el mío, lo pongo a baldearme dos veces al día. Le digo: “¿Tú no querías irte a limpiar?, ahora asume acá también”». Marcos la dejó seguir.

En el apartamento, con sus llagas ya profundas por los días de exposición al látex, nos movilizaba para pasarle frazada a nuestro piso, ya fuere porque habían pasado 48 horas sin que ello sucediese o porque no podíamos dejarles la casa sucia a los muchachos de la Universidad que iban a relevarnos.

Da gusto escuchar a Marcos hablar de su carrera, sobre todo porque se nota que le sabe y, si nos guiamos por lo que aparenta, conocer de química es tener un bagaje profundo de casi todo lo que ocurre entre nosotros.

Ya han pasado dos días desde que dejamos de trabajar en el centro de aislamiento y ahora somos simples pacientes, sedentarios, que ven a otros agarrar un trapeador con la misma torpeza con que lo hicimos no hace mucho.

No tenemos corazón para protestar por nada y hasta en los rostros más malhumorados vemos un alma valiente a lo sencillo que, probablemente, va llevando un mal día.

Marcos parece un cazador de caras tristes. Durante la comida de este domingo, uno de los que limpiaban las mesas yacía desvencijado en una ventana giratoria. La estampa de ese tipo sobrecogía, y solo Marcos advirtió que aquel hombre estaba «muerto». Luego dijo que nadie mejor que nosotros conocía la forma en que un «gracias» te puede revivir para seguir adelante.

## Los médicos

Quizás porque el ser humano tiende a enajenarse, cada cual suele creer que la peor parte o el mayor sacrificio recaen sobre sus hombros. Dieciséis días después de que todo empezase, dos más tarde de la transición sosegada de voluntarios a pacientes, me he sentado a hablar con los médicos, enfermeros, técnicos de la salud y he aceptado que una bitácora escrita desde su perspectiva hubiese sido en realidad más desgarradora, más sublime.

Nosotros no conocimos las guardias de 24 horas, acentuadas por el calor, los mosquitos y el tener que (mal)acomodarse sobre butacas y sofás para engañar al cuerpo con un poco de sueño intermitente.

Jennifer —fisioterapeuta, vigilante— precisa que a las ocho menos diez del sábado 11 de abril ya estaban afuera esperando para entrar. Insiste en que al inicio había mucha falta de organización y recuerda que esa misma noche les dijeron: «Báñense y vístanse, que llegó el primer caso».

«Multioficio, hermano, multioficio», deja ir en ráfaga Michel —fisioterapeuta, vigilante— para definir sus primeras horas en el centro. Rato después dice el nombre completo de Pepe, José Abilio, que bien pudiera ser reconocido como el principal todo-terreno de esos 14 días.

Andrés —médico— se deleita en narrar su procedencia, cuestionándose en primer plano, por qué sus padres, si eran de La Habana, decidieron tenerlo en Santiago y vivir en Guantánamo. Residió igualmente en Matanzas, La Habana, otra vez en Guantánamo; y cuando salió de nuevo, ya especialista en Medicina General Integral, se dijo: «Olvídate, se acabó el abuso», y se quedó en la nunca bien ponderada capital.



El doctor Argenis coloca al revés una silla, cruza los brazos sobre el espaldar y cuando alguien dice algo sobre él, refunfuña: «Eso no viene al caso, chico». Antes de ofrecerse como médico voluntario en el centro de aislamiento, estaba montado en una guagua recogiendo contactos de casos positivos y en solo un día — cuenta como si el cansancio hubiese dejado secuelas — superó la cifra de noventa.

Es de los que defiende que todos los que están aquí pudieron haber dicho que no, pero sintieron la necesidad de aportar su grano de arena. Andrés agrega que a ellos los formaron con ese compromiso y que, en situaciones de este tipo, hay organizaciones que tienen que dar la cara.

Más atrás, junto a las ventanas, escuchan todo sin abrir la boca Johana —epidemióloga— y Jessica —vigilante—. Nelson, el jefe de enfermos, entra y sale con caminar cansino y habla más con el entrecejo que con la propia lengua.

Recostado al tubo de la litera está Dary, un médico recién graduado que asegura haberse «tirado contra el carro» desde el principio, aunque califica de compleja la parte de convencer a su esposa, porque «nadie quiere — comenta — que su pareja esté en situaciones de riesgo».

Escucharlos me hace reevaluar todo lo escrito. Mientras mis grandes problemas de arrancada se circunscribían a buscar dos jabas para cubrir los zapatos, en su primera guardia Dary preguntaba por la inexplicable ausencia de «cosas que tenían que estar desde antes y fueron apareciendo sobre la marcha»: ¿Oxígeno? No tenemos. ¿Gravinol? No hay.

En la madrugada del lunes 13 de abril, nosotros probablemente vimos películas hasta las tres y luego caímos sin preocupaciones en los colchones de espuma dobles. Sin embargo, ellos

aún no olvidan que, durante aquella guardia, la última ambulancia con pacientes apareció a las cinco y veinticinco de la mañana.

Mientras yo me acomodaba con algún que otro interno que menospreciaba mi limpieza, los vigilantes chocaban con que ciertos pacientes no querían que les tomaran la presión o midiesen su temperatura, bajo la vaga excusa de que ellos mismos podían hacerlo mejor. «Eran los pocos», confiesan.

Mediante una llamada telefónica desde el extranjero, la madre de una interna —estudiante de Medicina, por demás— le reprochó a Dary que en el centro no repartiesen nasobucos N-90. A él todavía lo tortura la vergüenza ajena. No concibe que haya personas incapaces de valorar una atención médica focalizada y constante, una cama, un apartamento, desayuno, merienda, almuerzo, comida... y todo eso sin pedir un centavo.

Lo acometido desde una residencia estudiantil de la Universidad de La Habana, transformada en hospital por estos días, resulta la misión más compleja a la que se han enfrentado cada uno de estos hombres y mujeres en sus respectivas carreras. Nelson, que gana a todos en experiencia, lo confirma.

El doctor Argenis aclara: «si nosotros cumplimos con el deber en otras naciones, creo que donde primero toca es aquí. Después, donde nos necesiten».

Yo escucho y grabo. Mayelín —vigilante y fisioterapeuta— solo abre la boca para acotar que «lo más importante, y que nadie te ha dicho, es que, a pesar de todos los trabajos, estamos dispuestos a intentarlo una segunda vez». Por esa parte, miren ustedes, nuestras bitácoras al parecer serían idénticas.

## PCR

«Ni te sientes, que vas a ser el primero en pasar», indicó J.J. «¿Mario?», preguntó la enfermera. Asentí y pasé. «¿Mario Muñoz?». «No. Almeida», respondí a una doctora allá dentro. «Aquí dice Muñoz». «Pues no seré yo entonces».

Me paré, salí, busqué a Marcos con la mirada y le indiqué que entrara. Mi nombre no resultaba el primero de la lista para el examen PCR, ni siquiera el segundo. Contra todo pronóstico, solo logré pasar cuando la bancada se mostró completamente vacía.

Volví a sentarme en la silla metálica dentro de la escueta habitación con olor a hospital. La doctora me reconoció y recalcó con ironía mi experiencia con los extremos del listado. Me entregó un pequeño tubo de ensayo plástico con una sustancia rojiza en su interior y una etiqueta que, además de un número de serie, llevaba mi apellido, por fin el mío. «Que no se te vire», dijo.

Caminé hacia el asiento de la ventana. Otra especialista, algo brusca, me quitó el recipiente y acto seguido introdujo —yo diría que de manera alevosa y premeditada— unos cuantos centímetros de alambre hasta lo más profundo de mis fosas nasales. Luego me hundió otra varilla en la garganta y la movió, le dio vueltas, yo no sé.

A decir verdad, no dolió, pero algo raro tuvo que haber tocado para que se me enjugasen los ojos. Cuando salí no fui más que carne de chistes para alguien que soltó: «mira, a este también le sacaron las lágrimas».

Desde entonces la espera, la inutilidad, el cuidado en aumento porque todavía estaré aquí hasta que llegue el resul-

tado, durante nadie sabe cuántos días, en los que continuaré siendo una presa probable.

Paranoico hasta el final, sí, aunque los médicos se burlen y el nasobuco se destiña de tanto reutilizarlo, aunque las orejas se lastimen del roce continuo de la tira y me duela el cuero cabelludo de tanto halar me los pelos al amarrar y deshacer lazos en la nuca.

Miedo, sí, a toser frente a todos por culpa de las boronillas de galleta que se quedan en la garganta, a toser solo en el cuarto, a estornudar por la alergia a la luz, a cualquier moco suave que parezca coriza... fobia, en fin, a toda cosa que salga de mí mismo y pueda disfrazarse de síntoma.

No tocar, no, ni siquiera el grifo para lavarme las manos, ni la manija de la puerta, ni mi bolsillo, ni mis mangas, ni mis ojos, boca, frente o nariz.

Y sin embargo, ayer toqué. Comía frente a un desconocido que dejó caer su cuchara al suelo. Un individuo de carga viral indeterminada, aislado —como todos— por algo. El tin-tan del hierro niquelado contra la loza me estremeció al calcular en su estridencia la cercanía. Saqué la cabeza y estaba a mis pies.

Un ente locuaz y perceptivo del riesgo hubiese ignorado la maldita cuchara o le habría dicho al hombre que corren tiempos en los que la cortesía pudiera matar. Pero no. Doblé el torso, agarré el cubierto, se lo di. Él lo tomó por otra punta, dijo «gracias» y al mismo tiempo ambos sostuvimos nuestros tenedores, aterrados. ¿Será que todo esto nos está volviendo locos? ¿Será que nos estamos pasando de histéricos y termine por no servirnos de nada?

La efectividad de toda la paranoia desatada desde el primer nasobuco en la primera guagua, mucho antes de la toma de medidas extraordinarias y de que las calles fuesen como plazas

desoladas e inmensas, probablemente se esté evaluando ahora mismo en algún laboratorio especializado.

Quizás mañana o pasado sepa con exactitud si valió la pena vestir trapos verdes como abrigos, usar dos mascarillas de tela y hasta una placa de acetato, en días en que las temperaturas cálidas destruyeron sus registros y la sensación de asfixia aumentaba con el empañar intermitente del plástico.

La dichosa Reacción en Cadena de la Polimerasa (PCR) dirá —y siempre quedarán dudas— si realmente funcionó aguantar la picazón en el rostro o tolerar las gotas de sudor que a ratos viajaban desde el entrecejo para colgarse justo a la entrada de los huecos de la nariz.

Los vecinos acaban de saber que sus muestras resultaron limpias. Han salido sin pulóver para el pasillo. Están gritando de alegría y sueltan carcajadas grotescas. Yo me río porque nunca había visto a un viejo barrigón saltar tanto con una canción de CimaFunk. «Me voy pa' mi casa», chilla luego de poner el tema.

## Tarde XIX

En el asiento inmediato al mío va Marcos. A ratos me pone una mano sobre los hombros sin hablar o pide que le timbre «a esta gente», para ver si se conectan. Le digo que sí, pero no hago nada.

Mi madre, después de semanas de guardar la forma, exige por Messenger que no me aliste más «en eso». Mi padre está a punto de perderse en un avión hacia África. Yo voy saliendo y él entra. Mamá en casa: loca.

Horas antes, todo parecía indeterminado. Las informaciones no acababan de llegar por ninguno de los canales presuntamente establecidos. Sabíamos de nuestro negativo al PCR

porque los tipos del apartamento contiguo nos habían filtrado el dato, luego de que alguien se los pasara a ellos «por debajo de la puerta». Más tarde, en la noche, J.J. tuvo acceso a un correo y ganamos al menos un tejo en lo que a formalidad respecta.

No habían venido a explicarnos si en la mañana partiríamos definitivamente o si acaso la raya amarilla en uno de los nombres del Excel implicaría la invalidación de todo: aguardar cinco días más, otra prueba, otra espera, en fin... lo que viniese.

Comprendíamos que la situación resultaba compleja. Muchos estábamos dispuestos a acatar cualquier medida con tal de que nada se fuese de control; pero no concebíamos que ningún directivo se nos hubiese parado enfrente a la altura de esta decimonovena tarde, por lo menos para decir: «No se preocupen, estamos evaluando qué hacer». Son tiempos de vértigo, tensos; solo queda aprender de los errores y, por supuesto, perdonarlos.

Fue precisamente a nivel de bolas que supimos que las guaguas vendrían. Contrastamos con una señora que limpiaba el pasillo del primer piso, quien nos preguntó nuestro bloque y habitación para, acto seguido, esbozar un rostro de felicidad picaresca y darnos a entender que esta noche la pasaríamos en el casi olvidado colchón de la casa.

Al teléfono siguen llegando los mensajes. Mamá insiste en que a partir de ahora debo concentrarme en lo mío, que deje que los demás también participen en esta «desagradecida» experiencia, que ya vi contagiados y que el riesgo es real. Resulta difícil leer. El chofer parece ir cazando los baches.

Le respondo que quizás no sea necesario, pero que soy adulto. Me avergüenzo. En otros tiempos ello habría implicado un manotazo, pero ahora solo me ruborizo. ¿Le hablo así a mi madre?

Bastante convencidos de la inminencia de la salida, comenzamos a recogerlo todo y a repartir lo que hasta entonces había sido propiedad común. Josué advirtió que, esta vez, las cosas inexplicablemente le cabían mejor en la mochila. Daniela argumentó que nos habíamos ido comiendo casi todo.

Mallorys entraba y salía. Refunfuñaba para que dejásemos de hablar mierdas porque no nos iba a dar tiempo. Marcos replicó entre risas que, aunque estábamos diciendo basuras, seguíamos adelantando. Camilo recogía nuestras ropas de cama y persistía con sus ideas raras y chistes pesados.

— Están llegando las guaguas. ¡Muévanse!

Fuimos para el baño y nos apoderamos de casi toda la hilera de casillas con ducha. Cual si fuera un ritual, intentamos abrir las llaves a la vez y, antes de iniciar el «autoenjabonamiento», formamos una guerra de agua por encima de las divisiones. A Camilo se le fue la mano y tiró un pomo plástico de litro y medio que cayó encajado en la cabeza de Josué. Silencio incómodo. Risa muda tras bambalinas. «La OTAN lanzó el misil», delataron.

Abajo, con más bultos que manos, comenzaron las fotos, los abrazos. Una señora, incluso con el nasobuco, repartió besos.

Marcos se levanta con dificultad y busca equilibrio en el pasillo de la guagua. «Estamos llegando a mi casa», dice. Me pide que le alcance el ventilador. Vuelve a dejar caer una mano sobre mi trapecio derecho y suelta: «Chama, te ganaste mi respeto». A mí no me gusta que me digan «chama», pero es Marcos, el que se la ha estado jugando al lado mío por estos días, el mismo al que se le han ido las lágrimas con cualquiera de las Bitácoras que, por cierto, hoy terminan.

Marcos baja. La guagua sigue. Los baches...

Minutos antes de montar parecíamos guardias recién llegados de la guerra, a punto de dispersarse por ahí en cuatro «trenes». Las escenas llegan en ráfaga: el nombre de cada cual gritado desde una lista, el pequeño papel rectangular que avalaba, con fecha y rúbrica, que el portador anduvo de buenas en los exámenes médicos, la entrega informal del diploma que Fredy se empeñó en imprimir, diseñado días atrás por Daniela y el doctor Dary, una hoja tamaño carta con letras y formas en blanco y negro, y una frase del Che.

El Che, coño, el Che. La primera vez que pasé a la Zona Roja, aquella «Noche II», llevaba un pulóver con su imagen bajo todos los trapos verdes. Tuve miedo. Estuve torpe como en el primer combate. Ahora regreso, después de demostrar que sobrevivir es una opción, aunque la guerra siga tragando gentes.

Mallorys ya ocupaba uno de los vehículos. Camilo aún buscando su nombre en las listas. Josué, Daniela, Marcos y yo nos abrazamos. Josué, entre lo seco y lo comprensivo, aseguró: «Fui-mos buenos. Sin heroísmos. Pero lo hicimos bien».

Cinco días atrás, cuando llegamos desde el Bahía a ese recodo del Cotorro, toda hierba resultaba triste y amarilla, mientras las vacas caminaban cansadas con su esqueleto en prominencia. Más de dos meses —quizás— sin que viniese de arriba una gota de agua. Desierto.

Ahora, mientras retornamos por las desoladas carreteras de estos montes, nos regocija el incipiente verdor que logró levantar el mísero chubasco de antier. «Si tres gotas le cambian el color a todo — me digo — , imagínate lo que podría un aguacero de verdad». Abril se acaba.



# COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



# **MIRADAS**

Rita Karo

## Cruzar los brazos no es una opción

He llegado a un centro de aislamiento, en el mismo corazón de La Habana. Un lugar en el que nunca había estado, y al que tampoco me interesaba visitar antes. Voy a ser sincera, toda mi familia es médico y estar en un hospital es casi una pesadilla para mí.

Sobreponiéndome a esa reacción casi visceral, hace unos meses me propuse como voluntaria de la Universidad de La Habana para colaborar con la atención a los pacientes sospechosos de la COVID-19. Pensé que sería útil y, además, un digno homenaje a mi tropa de valientes familiares. Apoyar al personal médico era sentirme en la piel de los colegas de mis padres.

Algunos amigos y yo seríamos voluntarios en las becas de la Universidad. Una decena de estudiantes internándonos en Alamar o Bahía: podríamos no coincidir con casos positivos durante los 14 días de voluntariado en el centro, o estar a pocos metros del «bicho».

Pasaron los días, la lucha contra el nuevo coronavirus se fue intensificando y varios amigos formaron parte de la batalla en los centros de aislamiento. Ayer me tocó a mí. El destino fue creativo: junto a otros voluntarios, me necesitaron en el hospital «Salvador Allende».

Estamos en la línea de fuego. Se siente la tensión y, por momentos, el miedo de que algo pueda ocurrir. En la sala donde trabajamos hay diez pacientes con sospecha, algunos asintomáticos, otros con tos o estado febril. Seguramente no

medimos la noción del peligro —o sí—, pero sentimos que es nuestro deber ser útiles. Habrá quienes se preguntarán si vale la pena arriesgarse por otros. Yo... nosotros, creemos que sí.

Hoy estoy durmiendo en un cuarto de hospital. Vestida de verde a toda hora. En un lugar del que preferí alejarme al seleccionar mi carrera. Ahora, en la facultad donde mi mamá estudió dos semestres de Medicina, hago mi humilde aporte a lo que, por años, mi familia ha dedicado tiempo y vida. Cruzar los brazos no es una opción.

### César, el residente

— ¿Qué sucede ahí? ¿Todo está bien?

— El ventilador no quiere arrancar, pensamos que está roto.

Fueron las primeras palabras que cruzamos con César al llegar a la sala «José Antonio Echeverría». Sin vacilar un segundo se dirigió al cuarto de médicos y reapareció con una herramienta, de esas que hacen juego con cualquier tipo de tornillos.

— Efectivamente, no tiene grasa.

César, a sus 27 años, es residente de Ortopedia en la Facultad de Ciencias Médicas «Salvador Allende»; un tipo jovial, un isleño de buen carácter. Hace tres años vive en La Habana. Por cosas de la vida, el coronavirus lo arrastra a permanecer más tiempo en un pabellón hospitalario que en su habitual cuarto de la residencia estudiantil, a metros de donde asume como médico de la sala de respiratorio.

Aquí lo tenemos como el «manitas» de la brigada. Habrá que imaginar si coloca un hueso o rectifica estructuras óseas con la misma facilidad con la que arma y desarma un equipo electrodoméstico, o inventa un sistema más eficaz para colocarlo luego.

En las mañanas reportan los resultados de los PCR realizados el día anterior. El doctor César agarra el bolígrafo que le cuelga del bolsillo de la bata y anota, en la palma de su mano, los indicadores de paciente negativo. A pesar de su juventud, se le desprende la seriedad atribuida a un galeno experimentado, quizás por el aura que recibió al andar, desde pequeño, por los pasillos de los hospitales junto a su madre enfermera y su padre médico.

Durante los meses en cuarentena ha permanecido entre salas y pabellones de la Covadonga y de centros de aislamiento. Esta es su tercera rotación, se le ve desenvuelto, en un entorno natural. Tras pasar visita a los pacientes — muchos menos que hace un par de meses — te lo encuentras con una sonrisa en la mirada al despedir a los negativos.

Por momentos, te lo puedes encontrar en la mesa de evoluciones, reparando algún objeto ocioso, o colado en el *pantry* echando una mano en el fregado, sin olvidar el par de regaños que nos hace para que estemos alertas.

### Yolanda espera en casa

Desde un cuarto de hospital, Oscar Naranjo maldice cien veces la hora en la que Yolanda le preparó aquel plato de espagueti. En su hogar del municipio de Centro Habana, hace dos noches ambos compartieron la receta que trajo como consecuencia la inesperada estancia en una sala para sospechosos de la Covadonga.

A causa de unos malestares de estómago, y por desgracia de estos tiempos, Oscar asistió al consultorio médico con la disnea habitual de un paciente asmático. La firma de la doctora,

sin vacilar, sentenció su traslado a un centro de atención para descartar el posible contagio con COVID-19.

Cuando llegó a la sala, se expandió el rumor de su ingreso: el profesor de Historia de la Facultad de Ciencias Médicas «Salvador Allende» era un paciente. Él, maestro al fin, no vaciló en preguntarme si yo era una de las periodistas que narraba los episodios en el pabellón.

—Leí los textos esta mañana —comentó a Andy y a mí cuando repartíamos el desayuno. Mientras nos alcanzaba un vaso para que depositáramos la leche con chocolate del amanecer, nos confesó que tenía curiosidad por saber quiénes eran los reporteros.

La habitación de Oscar tiene vistas hacia un pequeño parque. Lo sorprende durante un descanso para confirmar la información de que, además de profesor, es un artista. «¿Alguna vez has visto obras realizadas con alambre telefónico?», me pregunta.

—Comencé a tejer alambre en los años noventa. Nada de lo que hago lo puedo dibujar, y tardo muchísimo tiempo en componer una imagen y en seleccionar los colores.

En la pequeña pantalla de un móvil, y a una distancia de dos metros, me enseña su arsenal de obras, exposiciones y su puesto de artesanos en el Paseo del Prado. Los «tejidos de alambre a mano» —como le llama a su innata técnica— revelan los rostros del Che, de Martí, las estampas del Morro y la casita de la calle Paula, en la Habana Vieja. «Por cierto, si te haces una foto, puedo tejer tu imagen. Lo que necesitaría demasiado alambre verde», bromea.

Antes de caer la tarde reportaron los PCR realizados el día anterior. «Oscar Naranjo: negativo». En ese momento, recordé las palabras de la mañana, escondidas tras un nasobuco: «Llevo

tres meses en cuarentena. Lástima la falta de aire y el malestar de estómago. La situación no nos permite hablar con soltura, pero cuando pase todo, llámenme. Ahora, Yolanda me espera en casa. Ella siempre está en primera línea».

### Lisette, la doctora

Confieso que, por momentos, imagino cómo la salud pública cubana se va a bolina. Más bien es una preocupación que proviene del marco familiar, colmado de médicos: según mi abuela ya no se le exige tanto a los estudiantes de Medicina; ella considera que algunas asignaturas no son tan abarcadoras como hace 40 años. También escucho las inquietudes de mi madre respecto a la sostenibilidad de un sistema de atención clínica que tiene que lidiar con la despreocupación de algunos de sus profesionales y la falta de compromiso con lo que hacen.

Sin embargo, con permanecer apenas cinco días en una sala de atención para sospechosos de la COVID-19, dormir y convivir junto a enfermeras, estudiantes de medicina y médicos, me ha devuelto la esperanza. Quizás no todo está perdido.

Lisette dice que si está más de una semana en su casa se aburre. Cuando gran parte del personal médico ha rotado un par de veces, desde que se desató la pandemia en la Isla, ella suma ya cuatro vueltas. De hecho, su cumpleaños la sorprendió en el aislamiento, pues nada es más importante que hacer el trabajo para el cual uno está diseñado.

La doctora Lisette tiene 25 años. Uno más que yo. No puedo creerlo. Los primeros días en la Covadonga permaneció algo distante, sería, como marcando una diferencia entre ella y nosotros. Para nada engreída. Por cierto, solía decirle «doctora», en señal de respeto, ahora solo la llamo por su nombre. Aquí no

somos médicos o estudiantes de la Universidad de La Habana. Somos un equipo. Una pequeña familia que va adquiriendo forma mientras corren los días.

Ayer la vi toda vestida de verde: pijama, sobrebata, gorro, guantes, estetoscopio. Nos mudaron de sala y el número de pacientes ha aumentado. Su mirada tras los lentes y el nasobuco me dio mala espina. Es cierto, la situación es más tensa aquí: más pacientes, casos más complejos, más camas ocupadas, más precauciones a tener en cuenta.

A modo de aliciente, comenta que ni de cerca se parece al primer mes de la pandemia, cuando en una sala coincidían casi 30 camas, y la prevalencia del virus iba in crescendo. «Las evoluciones a veces nos tomaban hasta las dos de la tarde». Los «de pie» son a las siete de la mañana, a veces antes; y hay noches en las que bastan solo un par de horas para descansar el cuerpo, pues el pase de visita comienza alrededor de las diez de la mañana.

Un médico de sala no solo se enfrenta al coronavirus, sino a cualquier dolencia que presenten los pacientes. El paso por los pabellones de sospechosos define el futuro traslado a una sala de positivos o el esperado retorno a casa.

En ese pabellón, Lissette lidera la atención clínica y la evaluación de los ingresados. En un día la cifra de pacientes puede variar de cero a doce. Ingresos, PCR, resultados, exámenes físicos, altas, más ingresos, pueden conformar una rutina que se extiende durante 14 días de guardia permanente; luego 14 aislada en un centro, otros 14 más en casa y, posiblemente, repita el ciclo.

Si me preguntan por el futuro de la medicina cubana, ahora puedo decir: Lissette.



## Alejandro, el Ruso

En la brigada de la sala «Julio Antonio Mella» todos tenemos en común ser hijos y nietos de médicos o enfermeras. Creo que, huyendo de continuar un legado en la salud pública, hemos regresado, inevitablemente, al hábitat de nuestros progenitores.

Alejandro es uno de nosotros, quien demuestra que ejercer el oficio de idealista —en pleno siglo XXI— puede llegar a ser más que una utopía. Él piensa que ayudar es la mejor manera de ser felices. Desde nuestra llegada como voluntarios, recibió el apodo de «el Ruso» por su peculiar modo de estudiar el idioma a cualquier hora y en cualquier rincón de la sala. Cada vez que tiene una oportunidad, agarra un libraco de Historia Rusa y repasa contenidos. «Intento entender y aprender las palabras que desconozco», dice en su característico tono bajo y pausado.

La constancia es uno de sus rasgos. Estudia Lengua Rusa en la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana. Su precepto —a los 21 años— es que el dinero no vale más que una buena acción. Y no es mera teoría. Una de las razones por las que Alejandro está aquí es porque sentirse útil es una de sus pasiones, y porque tiene como filosofía de vida hacer el bien; sin distinción, sin miedos ni reparos.

Bob Marley suena en uno de los móviles. Limpiamos los pasillos que rodean la sala. Camila, una de las voluntarias —su compañera de trabajo— lo agita para que le alcance un cubo con agua, y que exprima la frazada y busque detergente; también le dice que me pregunte dónde encontrar una bolsa de nylon negra, y que traiga más agua y más cloro. Alejandro ejecuta y no se queja. «Ella es una intensa», susurra y sonrío.

Cinco y media de la tarde. La sala está limpia. El sol nos hierve bajo un abrasador traje verde. El Ruso saca el móvil para comprobar si Eliany está en línea e intercambiar palabras en cirílico, desde WhatsApp. La meta de aprender diez palabras diarias es perentoria y utiliza cualquier vía para ello.

Una listica a lápiz, resguardada en la primera página de un libro, contiene verbos rusos para casos específicos... Me explica de qué va.

Camila interrumpe:

—Vamos a limpiar el cuarto de la cama 8...

### Jorge y un cumpleaños feliz

«Les envío este mensaje con la intención de agradecerles todo lo que han hecho por mí desde que me sorprendieron en la parte trasera de este pabellón, hasta las 12 de la noche, cuando culmina mi cumple. Tal vez no me crean, pero este es el mejor que he tenido, por el simple hecho de haberlo pasado junto a personas que de verdad valen la pena. TODOS han hecho que este pedazo de cuarentena sea mucho más que inolvidable, mucho más que increíble», escribió Jorgito antes de irse a la cama.

Es estudiante de cuarto año de Medicina en la Facultad «Calixto García». Una característica tonalidad rojiza en la piel lo hace lucir como avergonzado por todo. Su mirada pícara nos acompaña durante las horas nocturnas de juegos de dominó, aunque esconda su rostro detrás de un nasobuco y una gorra negra.

En las mañanas comienza su faena, después de avivarse tras perseguir el rastro del olor a café que inunda el pasillo de la sala. Para pasar visita a los pacientes cubre su cabello castaño con un gorro verde, se coloca los guantes y se amarra la sobre-

bata. Luego, interroga sobre antecedentes de enfermedades crónicas o familiares, y respecto al estado general. Discute con Pupo sobre el caso. Sacan sus propias conclusiones. Escribe evoluciones en la mesa de trabajo. Pronto estará de cumpleaños.

Es 12 de julio, Alejandro, Camila y Yelena alistan en la enfermería los últimos detalles para la celebración. Un bulto de papeles viejos fueron transformados en cadenetitas, y las páginas de un bloc de notas lucen, en tinta azul, un «Feliz cumpleaños, Jorgito».

Los doctores llegan corriendo al portal con las manos abarrotadas de galletas, dulces y pomos de refresco. Laura carga el cake, mientras Pupo entretiene a Jorgito en una suerte de inoportuna crisis existencial, lejos de la vorágine del festejo sorpresa.

Carteles, cámaras listas, luz apagada. Doce de la noche. El cumpleaños, ajeno a todo, irrumpe en medio de la oscuridad y una fiesta de flashes lo deja petrificado de la emoción.

Durante el día, una oleada de regalos llega a la sala. Mientras, lo importuno un poco para conocer más de su vida; él, curiosamente, me pregunta: «¿Sabes bailar tango?». Ante mi negativa, Jorgito suelta: «Pues te enseño».

Antes de irse a la cama nos escribe.

### Camila, alma de abogada

Comienza el día a las 6 y 45. Camila duerme. Su faena inicia un poco más tarde que la mía. Tiene el encargo de limpiar la sala, los baños, los pasillos, los cuartos y la enfermería. A veces se pasa todo el día disfrazada, como si tuviese la misión de invadir Marte; por cierto, hoy es martes; sobre su cuerpo coloca más de 10 libras de ropa, entre sudor y tela. En esas condiciones, caminar con las botas de agua le da un tumba'ó guaposo.

Y sí, tiene terror cuando pasa por las habitaciones de los pacientes: es de nosotros quien entra en mayor contacto con los sospechosos de la COVID-19. Echa cloro. Cambia la colcha. «Esta es la frazada de los pacientes», especifica.

Como compañero de trabajo tiene a Alejandro, el Ruso. Desde hace una semana él se queja de las exigencias de Camila. No lo dice en mala onda; en realidad, de no ser por ellos la sala no brillara tanto. Son la razón de que alguien comentara hace un par de días: «Caballero, aquí no huele ni a hospital».

Todos le tenemos un cariño especial. Quizás porque es la más pequeña del grupo la mimamos un poco. Pupo le toma fotos y en la noche hablan como amigos de toda la vida, aunque se conocieron, como todos aquí, hace tan solo una semana. En las tardes, cuando terminan los trabajos fuertes y el futuro médico llena historias clínicas, Camila se dedica a roncar en su cama.

Se le empapan los ojos cuando piensa en su familia, y en lo mucho que le urge abrazar. Sin embargo, aquí no se puede. Creo que nunca nos hemos saludado de besos y abrazos. «Ya habrá tiempo», pienso. Y todos planificamos vernos tras el aislamiento, especulando ser «los nueve sobrevivientes, los nueve del Mella».

Sala Mella, 4 de la tarde. Suena el teléfono. Zuneya, la enfermera, atiende:

— Buenas tardes, ¿me puede comunicar con Camila?

— Camila, te llaman.

— Sí, dígame —contesta extrañada. Ni su familia ni ningún amigo conoce el teléfono de esta sala.

— Camila, te habla Urgente, una lectora de *Cubadebate*. Yo soy cristiana, y te cuento que todos los días rezo por ustedes. ¡Manténganse fuerte!

Camila, a quien diré amiga, tiene el poder de aunar todas las energías del grupo. Posee la resolución de una abogada y la ternura de una niña. Producto de chistes que nadie entiende, solo ella, terminamos contagiados con sus carcajadas; a veces, callamos de la vergüenza, cuando sus ojos se vuelven sentenciosos.

### El diario de Andy

La máquina de fumigación pasa a las 6:30 a.m. Un humo tóxico, mezclado con rocío, inunda el cuarto. En una esquina de la habitación, caliente y vaporosa, se agita un ventilador pendiendo de la litera. El Ruso y Camila duermen. No se enteran de la alarma de Andy. La alarma suena y él solo ha dormido cuatro horas desde que cerró su laptop: una entrada diaria, una crónica y las historias de una sala en *Cubadebate*.

Suena el teléfono. Andy empuja el carrito del *pantry* por enésima vez en el día. Hoy le toca repartir la comida, mientras yo me dedico a fregar y servir. Decidimos alternar las tareas para aligerar el trabajo. Al teléfono está Urgente, la lectora de *Cubadebate*. Llama para decirle a Camila que afuera hay quien lee el «Diario de la Covadonga», y que pone toda su fe para que las cosas nos salgan bien.

Urgente sigue las historias en la columna que Andy escribe sobre la tropa de la sala «Mella», y la labor que ejercemos en la lucha contra la COVID-19 como médicos, estudiantes, cubanos, voluntarios, humanos.

—¿Qué te dijo?—, le pregunta Andy a Camila mientras tomamos el café de la tarde. Saca el móvil, anota. Piensa. Agarra gorro y guantes para repartir la merienda.

Él siempre tiene un dulce «buenas noches» para los pacientes; una sonrisa tras el nasobuco o un «¿desea algo más?» se

imponen en su rutina. Aquí hay pacientes de todas las edades y procedencias. Ellos están temerosos, solos, alejados de sus familias. Nosotros tenemos miedo. Andy también tiene miedo; y eso lo empuja a escribir.

Se esconde en el umbral de la puerta cuando pasa algo triste con algún paciente o cuando lamenta no despedirlos: «¡Coño, no vi a Felipe!», exclamó el día del traslado del paciente de la cama 12 hacia el Clínico de 26. «El viajero de la cama 18 estaba llorando, me da lástima», me dijo preocupado hace unos días.

En estos momentos esboza una sonrisa forzada, cuando en realidad quisiera largar una lágrima. Si tiene algo malo y bueno a la vez, es que sufre la pena ajena. La sufre tanto que a veces lo lastima más a él.

En la noche, generalmente, se arranca el enorme pijama verde de su cuerpo. Saca la laptop y escribe. Se ha pasado todo el día tomando notas. Tirado en una silla en la terraza, apoyado en la meseta del *pantry*. Persiguiendo a Jorgito o a la «seño» Zuneya para que aporten algo nuevo a sus textos.

Hoy me tocó el brazo como a las dos de la mañana. Medio dormida, escuché de lejos, como de ultratumba:

«Revisame el texto antes de mandarlo».

«Día 8: El teléfono del Mella tiene la capacidad impertinente de sonar a cualquier hora del día... », enunciaba el inicio del texto. Con el sonido imaginario del ring ring me acabé de despertar.

### Pupo, doctor «Simpatía»

Cuando eres estudiante de Medicina tienes como afición conseguir el mayor registro de patologías extrañas, los casos más insospechados y la distribución de órganos más singular. A

menudo, Antonio Pupo especula de sus experiencias raras en las salas del Hospital Calixto García, donde cursa el cuarto año de la carrera.

En el pabellón «Julio Antonio Mella» los horarios fluctúan para el personal de salud: la entrada de pacientes ocurre lo mismo a las nueve de la mañana que a las diez de la noche; a veces, en las madrugadas, una ambulancia arriba con la misión de interrumpir el descanso. Aquí tenemos dos médicos graduados, e igual número de estudiantes. Lissette, Jorgito, César y Pupo arman un equipo, y se distribuyen las cargas de trabajo. «¡Llegó un paciente!». Al anuncio de la enfermera Laura, ellos asumen.

Si Camila, la estudiante de Derecho, es el alma de nuestro grupo de voluntarios, Pupo contribuye a que los chistes protagonicen el día. Gracias a él, la estancia y las malas noticias duelen menos.

«¡Buenos días, mi aguacate favorito!», dice siempre al verme lucir el traje verde. Para Pupo todos resaltamos por algún atributo; lo mismo hace con sus amistades, con quienes habla casi todos los días mediante videollamadas.

Examina en las mañanas a los pacientes, y luego escribe en sus historias clínicas. Después interroga a los sospechosos de COVID-19. Tiene la habilidad de establecer empatía y confianza, incluso con aquellos que se mantienen reservados ante cualquier dolencia, sintomatología o adicción.

Trabajar en una sala es extremadamente complicado: «Para ser médico hay que tener tremendo corazón e hígado», comentó Andy, luego de que un paciente movilizara a la sala, a raíz de una crisis. Pupo los tiene.

A diario, un «¿Te ayudo en algo?» o un «Dale, friego yo» de Pupo intentan aligerar el peso de mi trabajo en el *pantry*.

Él tiene el don especial de preocuparse por todos. El mínimo malestar en el cuerpo hace que atraviere los extensos pasillos de la sala para alcanzarme algún medicamento de su arsenal farmacéutico. En estos días se ha convertido en una especie de curandero, al preparar agua con sal para mi garganta irritada: «Tómalo, te va a mejorar», indica ante mi expresión de rechazo al brebaje.

La fotografía es uno de sus pasatiempos favoritos, el registro gráfico de la tropa crece porque él — como paparazzi — captura cada instante aquí vivido. En las densas tarde del hospital, los Tik Tok y Camila, nos hacen sonreír.

— ¿Puedo ir el día de tu tesis? — pregunta, y agrega que irá todo «sexy» con su uniforme de estudiante — ¡Te llevaré de regalo un ramo de girasoles!

Pupo me había reclamado por no contemplarlo entre los primeros protagonistas de estos perfiles. Jocosamente me pidió que escribiera bastante sobre él. No lo había hecho con anterioridad porque me preocupaba no lograr captar en estas letras — entre varias de sus virtudes — esa alegría que se le desborda. Sin embargo, creo que todavía me queda mucho por escribir de nuestro doctor «Simpatía». Un solo texto no es suficiente para todo lo que quiero contar sobre él.

### Zuneya, mamá gallina

Una sonrisa nos da la bienvenida en la sala Mella. Apenas instalados en nuestras habitaciones, la «seño» Zuneya nos brinda las modestas comodidades que ofrece un hospital para la prolongada estancia de 14 días como voluntarios. Un televisor, una hornilla eléctrica, un refrigerador para compartir entre todos, el baño — lugar donde, desde el primer día, desafinaría-



mos bajo la ducha —, una tendedera improvisada y la reserva de especias, sazones y café que pusieron a disposición las tres enfermeras.

Zuneya es enfermera voluntaria. Desde la Covadonga recuerda su habitual faena en el hospital de El Rincón, en el Santuario de San Lázaro, y las primeras vueltas en las salas del Allende, atendiendo a pacientes y sospechosos de COVID-19. «Se trabaja mucho», dice. Cuenta que estuvo en la Zona Roja, pero que algunos achaques entorpecen por momentos la agilidad que amerita su profesión.

No se le escapa un detalle. Sabe de cada paciente lo que demanda y padece. Cuando inicio mi jornada de tareas, con la escasa luz del día, Zuneya ya luce su «traje de campaña». Con un tono dulce me recuerda: «El señor de la cama 10 quiere jugo, y la señora de la 8 no toma leche».

En casa la esperan dos nietas preciosas, de las que hace alarde. «Mis nietos son mi vida», dice mientras me enseña una foto de las gemelas y otro pequeño de cuatro años. Las mellizas van a la sala donde trabaja su mamá. Y se disfrazan de enfermeras: gorros, guantes, nasobucos, y arrastran un carrito por los pasillos inventándose curas para los pacientes. En los ojos de Zuneya se nota el orgullo y la nostalgia por abrazarlas.

Hace un par de días, parte del equipo de trabajo de la Mella salió por la televisión. Zuneya —entre sollozos— dice que está muy orgullosa de nosotros, de lo que hacemos. Nos acompaña a la hora del café de las tardes, nos alcanza los pijamas y captura con su móvil las estampas de estos días en donde todos somos una pequeña familia y ella se interpreta su rol de mamá gallina.

## Adrián, el Coordinador

Irrumpe en la sala. Doce del mediodía. Afuera el sol raja las piedras. «Se me rompieron los tenis, caballero», dice Adrián luego de una jornada de gestiones entre terapia, la beca, la dirección y las salas donde trabajan los voluntarios de la Universidad de La Habana.

Adrián Alejandro es profesor en el Instituto Superior de Tecnología y Ciencias Aplicadas (INSTEC). Su función es conectar los grupos de voluntarios y gestionar sus necesidades. El primer día en la Covadonga lucía un atuendo deportivo: tenis, jeans, pullover... La frente sudada y el bronceado en la piel revelan las huellas de su trasiego de un lado a otro del hospital.

¿Qué les hace falta? ¿Qué vino de almuerzo? ¿Tienen todos los materiales de trabajo?, son sus preguntas de rutina a diario. Acá le decimos el Coordinador. Siempre está al tanto de todo.

En el amanecer arranca con su toalla al hombro, ojeroso. Un vaso de leche con chocolate le devuelve el alma al cuerpo. Enseguida toma la agenda y sale a gestionar las necesidades de las brigadas.

Adrián Alejandro estudió Radioquímica. Durante el día nos explica sobre las disoluciones de cloro y cómo debemos mezclar las sustancias para que no sean tan corrosivas.

Anoche, mientras nos hacían una entrevista para Radio Rebelde, Adrián comentaba sobre lo similares que somos nosotros y los estudiantes de su aula, en la Facultad de Nucleares. Su baja estatura y carisma, no lo diferencian del resto de nuestro grupo. Se distingue por el empeño para lograr las cosas y mantener la satisfacción de los voluntarios y la institución hospitalaria.

Rara vez lo encuentras en la sala vestido de verde. Él es el canal entre las salas Muñoz y Mella, el vínculo durante la faena diaria de esta parte de la tropa de la «uache» con los otros cinco mosqueteros: Gabriela, Laura, Alberto, Mario y César.

Hace un par de días sorprendió a Camila con botas, careta y guantes. «Hoy limpio con ustedes», dijo y dejó de lado su puesto para —como uno más— «ensuciarse las manos».

### Yelena y Laura, como la noche y el día

Mientras Yelena realiza junto a Zuneya los quehaceres durante el día, Laura está en vigilia toda la noche. Cuando vamos a la cama, ella aparece en su pijama rosado. Una caja de cigarros y una cafetera le hacen la extensa madrugada más llevadera. Ambas enfermeras son trabajadoras habituales del hospital «Salvador Allende», en la sala de Geriatría «Mario Muñoz».

Yelena, de 19 años de edad, maneja con destreza el registro de los pacientes. De carácter enérgico y por momentos inmaduro a causa de la edad, sus reacciones resultan más volátiles, lo que dota de cierto dinamismo su relación con las demás enfermeras de la sala.

Es muy ágil y tiene la capacidad de actuar con nervio frío cuando los escenarios se tornan complicados. Hace unos días el paciente de la cama 13 convulsionó. Lo reanimaron y se resistió, entró en una crisis de ansiedad. Ella cruzó como un bolido los cuatro metros que separan el cuarto de la enfermería. En menos de 30 segundos preparó el medicamento. La jeringuilla encontró el glúteo cubierto de tela rosada y en pocos segundos regresó a la calma.

Sosteniendo al paciente, en su misma posición, se encontraba el doctor César, quien, sonriendo, dijo que, de no llevar

piyama verde, la inyección hubiera sido para él. Con su mirada, Yelena nos transmitió la precisión con que realiza su trabajo, y luego soltó a modo de broma: «Menos mal, ¿quién levanta entonces a esta mole luego de inyectarle un calmante?»

Laura, de 21 años, asume con dulzura y paciencia las urgencias de los «inquilinos» del pabellón. En las mañanas calienta un jarro de agua, siempre dispuesto para el baño de algún paciente con dificultades motoras, generalmente de la tercera edad.

—Buenos días, José. Llegó la hora del baño —dice en un tono que fluctúa entre el cansancio y la ternura, cual nieta que cuida celosamente de un abuelo.

José, deambulante, solo atina a quejarse por el agua que no recibía desde días o quizás semanas. En parte gracias a ella, aquí en el Mella todo reluce, hasta los pacientes más escurridizos.

Laura ha hecho de las madrugadas su hábitat. Duerme de día y hace guardia de noche, a veces la acompañan el Ruso, Camila o Jorgito. Coloca un buró en la salida del pasillo central. A esas horas no existe mucho movimiento en la sala, sin embargo, está al tanto de quienes puedan necesitar una urgencia o tomar medicamentos, también de recibir a nuevos ingresos.

Zuneya poco se queja, aunque de vez en vez deja escapar un «¡Ay, estas muchachas!», en alusión a la corta experiencia como enfermeras, y a uno que otro despiste propio de la edad. En los extraños momentos en que ambas coinciden despiertas, hablan del día en que se graduaron y de cómo el uniforme les lucía cual «coco» impecable; también, de lo consagrado de la profesión que escogieron y de la responsabilidad de ser enfermeras en estos tiempos difíciles del nuevo coronavirus.

## Cama 12

Sábado, 18 de julio. Ingresa a las seis de la tarde un nuevo paciente en la cama 12. Como es habitual, mantenemos el protocolo de protección: guantes, gorros y sobrebata para entregar la comida; cloro y detergente para desinfectar el carro de transportar los alimentos.

Andy me actualiza del número de comensales y preparo con destreza igual cantidad de bandejas. Una doctora del pediátrico de Centro Habana, un deambulante, una paciente remitida desde la consulta de Ortopedia y un contacto directo de un caso positivo, advierte Pupo. Son los sospechosos de COVID-19 que esperan por el resultado del PCR. «Aves de paso», pienso. Esos que vienen, esperan 24 horas, y tienen dos destinos: el añorado retorno casa o la transferencia al pabellón de positivos.

Amanece. Es un domingo caluroso y denso. El último día como voluntarios en la Covadonga. Todos tenemos la mirada marchita, los ojeras bien marcadas y el rostro sudado. A pesar del cansancio, se respira alegría. No hemos tenido casos positivos hasta la fecha.

En la tarde traen los resultados de los PCR de los cuatro pacientes. Tres salen de alta. «Al de la cama 12 hay que repetirle la prueba, al parecer se contaminó», indica una de las enfermeras. Nosotros seguimos el día limpiando y organizando. Dejar la sala impecable es el sello de esta brigada.

—¿Vamos a jugar a «los limones»? —sugiere la doctora Lissette. El juego se ha hecho habitual en nuestras tertulias nocturnas donde, entre risas y chistes, disfrutamos del trabalenguas: «un limón, medio limón, cinco limones». César advierte que hablemos bajo, porque las risas pueden importunar al paciente que nos queda en la sala.

El timbre del teléfono de la sala congela la velada. «Cama 12: PCR positivo». De los minutos siguientes solo puedo recordar los ojos de Camila, mojados. El «no va a pasar nada» de Yelena. Una camilla. La ambulancia. Mientras conteníamos la inevitable preocupación, el Ruso, siempre tan certero, agregó: «A pesar de todo, yo no tengo miedo, a mí me protege el ejército que no se deja ver».

Si algo se siente al estar 14 días en la Zona Amarilla —casi naranja— con pacientes sospechosos de COVID-19, es miedo. El miedo te lleva a no perder la rutina, a lavarte las manos mil veces, a que se limpien los zapatos antes de entrar al cuarto. Te lleva a enjabonarte la cara al retirarte el nasobuco, a desechar guantes, cambiar pijama y sobrebata; y, sobre todo, a no perder la sonrisa y a no despreciar al paciente, aunque lo mantengas al margen de un metro y medio.

También, estas jornadas de voluntariado en la Covadonga —además de una cama reservada en un hospital— han sido la sumatoria de amigos, de lidiar con las fobias, de duchas de agua fría, y de sentir como un pedazo del hogar a un pantry en el que convives más de diez horas al día.

Hoy lunes salimos para el aislamiento. Por primera vez no se reportaron casos positivos del nuevo coronavirus en Cuba, porque el diagnóstico de nuestro centro fue dado casi en la madrugada. Mañana, cuando el doctor Durán ponga al tanto de la situación de la enfermedad, a nosotros nos quedarán diez días de incertidumbre. Diez días de pensamiento positivo. Ahora invertimos los roles, los sospechosos somos nosotros.

## Cambio de roles

La estancia en un hotel permite ciertas libertades como dormir hasta las ocho y media de la mañana. Para muchos no será algo extraordinario, pero para mí, que despertar temprano supone un calvario, ahora mismo ese pequeño detalle me hace feliz. Mis amigos dicen que estoy de vacaciones. No saben de lo que hablan: ¿vacaciones dentro de una habitación de la cual no puedo salir?, ¿vacaciones con la incertidumbre de un PCR fechado para el próximo martes 28 de julio?

Durante 14 días trabajé como voluntaria en el hospital «Salvador Allende». Parafraseando a mi colega Eduardo Grenier: fui soldado raso. En las noches intentaba llenar cuartillas con las experiencias de la jornada, siempre orientadas al quehacer de los jóvenes que, como yo, decidieron dejar la paz del hogar y los atractivos de la Fase 1 para, día y noche, estar al servicio de una sala de pacientes sospechosos de COVID-19.

Las ganas de escribir desaparecían mientras enjabonaba cada bandeja. La voz se me rajaba con los gases del cloro, y las piernas —inflamadas— anunciaban que debía descansar. Catorce días pasaron corriendo. En 14 días dejamos marcadas nuestras huellas en el pasillo central de las salas «Mella» y «Echeverría».

Me obligué, durante dos semanas, a memorizar instantáneas: rostros de pacientes, los ojos tristes del viajero que dijo que desde hacía siete meses no veía a su esposa. No puedo recordar nombres como lo hicieron los residentes y las enfermeras con cada persona que ingresó. No logro recordar siquiera las voces, porque el protocolo de sanidad me impedía achicar el metro de distancia entre sospechosos y voluntarios.

En mi álbum de imágenes mentales conservo el compromiso de Pupo con su profesión. Su hora diaria de charla digital con Carlos, a quien aún no puede ver porque el virus y el mar los separa. Conservo, también, su buen humor. De Camila, me quedo con sus mimos y abrazos. De Adrián Alejandro, las buenas noticias. De Andy, su rostro de «no me mandes más a lavarme las manos» y la compañía. Y de Jorgito, la sensibilidad ante la pérdida de un paciente.

En «Miradas» intenté retener cada detalle que volviera especiales a esos seres que dejaron en ese hospital piel y alma.

Ahora, en una habitación de hotel, con la playa a unos cincuenta metros —desde donde llega una leve brisa del norte—, soy una sospechosa de COVID-19. A las ocho y media de la mañana me despierta el toque en la puerta que anuncia la llegada del desayuno. Unos 15 minutos después, el café. A las diez, pasa el médico y mide la temperatura. Luego, la doctora confirma los datos en el registro. No dicen nada. Al parecer todo está bien.

La esencia de estos días aquí es no pensar. Es usar el nasobuco para recoger la comida, para pararme en el balcón, para estar en la habitación. El médico nos recuerda constantemente: «Aireen el cuarto, por favor». Ya sé qué se siente cuando el «toc, toc» es tan seguido. Los pacientes en la Covadonga decían: «¿¡Pero comida otra vez!?». Se toca también para examinar, para limpiar y para botar la basura.

Allá, en la Covadonga, los riesgos aumentaron en nuestro último día de voluntariado cuando un paciente dio positivo en la sala. Igualmente para los voluntarios que trabajaron en terapia intensiva, y que aquí son nuestros vecinos. Por eso debemos cuidarnos mutuamente. Desde que entré al hospital mi madre me lo recuerda todas las noches. Vía telefónica, pre-



gunta: «Pero, ¿tú siempre cumpliste con las medidas?». Segura y optimista respondo: «Todo saldrá bien».

Ni la playa cercana, ni una habitación «de vacaciones», ayudan a aligerar la tensión de un inminente PCR. Cuando se materialice el test ya sumarán 24 días en esta contienda, de la cual me siento orgullosa. Llegué con las manos vacías y salgo con la seguridad de que valió la pena.

## Electrones libres

Ya se acabaron las agotadoras jornadas de fregado y la agobiante espera por el resultado negativo del PCR. Esta es la última entrega de «Miradas». Observar a los ojos prófugos de un nasobuco fue revelar lo especial de cada uno de mis colegas del voluntariado en el hospital «Salvador Allende»; y más aún, mirar dentro de mí.

El martes 28 de julio estaba señalado en el calendario como «Día del PCR». No de rojo, porque el rojo habla mucho de los hechos fatales y del riesgo: rojo el peligro; rojo el amor; rojo el color de la sangre. Como dijo Camila: «Para mí, los hospitales son rojos». Yo preferí señalar la fecha en verde, el verde tiene un tono más esperanzador.

Ese día los camareros repartieron el desayuno más temprano que de costumbre. A las siete y media de la mañana derribaban la puerta. Nosotros estábamos agotados, la noche anterior repasamos cientos de veces el protocolo para la prueba.

—Se cepillan los dientes y desayunan. No se cepillan más  
—fue escueta la doctora en los pasillos del cuarto piso donde nos encontrábamos.

Luego vinieron las dudas: «¿Y si nos cepillamos tan fuerte que falsea el resultado?». «Mejor no nos lavemos los dientes», sugirió Pupo.

En el fondo, todos teníamos un miedo terrible, incluso cuando nuestro mantra era un «Da igual, seremos negativos». Es que la mente es traicionera. Estuvimos diez días encerrados en Santa María del Mar. No podíamos socializar entre nosotros, no podíamos ir a la playa. En fin, éramos de alto riesgo porque veníamos de coquetear con la Zona Roja.

Finalmente, llegó el martes y cumplimos el protocolo a cabalidad: amanecer, desayunar, cepillar, bañar, esperar, esperar, esperar... Estábamos advertidos de que «la gente del PCR» llegaba a las nueve.

Y nos dieron las diez y las once, las doce, la una, y nadie llegó. La ausencia se debió al evento de transmisión en Bauta. «Las pruebas se aplazan para mañana», anunció el médico desde los bajos del edificio. Quienes están en los hospitales tienen prioridad. Nosotros estábamos aislados, ya no éramos riesgo para nadie.

Las pesadillas recurrentes de llegar a la casa y enfermar a todos no duraron un día más. El miércoles nos sorprendió la agilidad del proceso. Bajaban pisos enteros: siete habitaciones, 18 personas. Todos en fila. Médicos y técnicos forrados de pies a cabeza. Los pacientes, acorralados como ovejas. El personal médico tomaba la temperatura y nos asignaba un número. Estaba tan nerviosa que mi mente olvidaba el guarismo y tenía que mirarlo a cada rato.

Desde la ventana alguien vio que no solo recogían muestras de la garganta, sino también de la nariz. A Pupo se le aguaron los ojos. No soportaba la idea, ya se había preparado para un PCR faríngeo. Pasábamos de dos en dos. Sí, continuaba ner-

viosa. A esa hora todo lo positivo —hasta del resultado, pero eso lo supe más tarde— se despoja de uno sin la posibilidad de agarrarlo.

Transcurrieron dos días. Los 200 que estábamos allí fuimos negativos a la COVID-19. Andy —frente al televisor— dijo: «Mañana seremos parte de los números del doctor Durán: “en Cuba se realizaron tantos PCR”, ahí estaremos comprendidos nosotros». Anónimos y negativos, como electrones libres.

La noche anterior a la salida, mientras otros preparaban la maleta, Camila agarró el móvil y escribió lo que sería, 12 horas después, la despedida. Un collage de imágenes llegó al grupo de WhatsApp «Los 12 del Mella» y, en un santiamén, los estados replicaban lo que ante mis ojos parecía mentira. Se acababa la descabellada aventura de 25 días. Diríamos adiós a todo lo que fuimos. A la pequeña familia que forjamos, con sus diferencias y urgencias, porque ninguna familia es perfecta.

Uno a uno, casa por casa, nos fuimos quedando. Despedida y recibimiento, que al final son la misma cosa. Alberto con aplausos y lágrimas. Camila con carteles, música y un bulto de gente que la adora. Adrián, al igual que Pupo y Gabriela, con la familia en avalancha. Llegar a los hogares fue extraño, ninguno había permanecido tanto tiempo fuera de casa o lejos de la familia. La nostalgia invadió las redes sociales; como única cura, sigue en pie la promesa de volvernos a ver pronto.

## A modo de epílogo

Si algo nos enseñó Pablo de la Torriente Brau fue que, antes que periodistas, todos somos ciudadanos de un país y un mundo. No se puede ser periodista pretendiendo renegar de la condición de ciudadano raso y considerándonos especie distinta —superior quizás— que, con la verdad en la mano, escribe, publica, duerme, escribe, publica... y otra vez a dormir.

Hay veces en las que escribir no basta o simplemente resulta imposible, si no hay una acción que lo respalde. Tal vez hay que pensar más en Pablo, que contó el presidio luego de vivirlo y contó la guerra mientras la peleaba. Nadie mejor que el prisionero para narrar la cárcel y nadie mejor que el soldado para narrar la lucha.

Como quiera que se vea, el fin último nunca habrá de ser contar, sino transformar y hacer... En todo caso, se cuenta para que se haga y para convencer a muchos de la importancia del acto.

Por ello, estas crónicas no son el resultado de regalías temporales dentro de sus respectivos contextos, sino que fueron escritas en las horas robadas al sueño y al descanso. Jamás una de estas líneas resultó más importante que llevar un plato de comida o que limpiar un suelo. Si ello hubiese sido así, no tendrían el mismo valor, quizás ninguno.

Son una visión, desde el ejercicio, de la ofensiva que libra el mundo, Cuba en particular, contra una pandemia.

Historias de una primera «embestida»... Después, aparecería un rebrote que volvería a movilizar estudiantes universitarios hacia hospitales y centros de aislamiento. La victoria aparentó mostrar su rostro, apareció la confianza y, cual escarmiento, hoy nos encontramos en medio de otra ola, más letal que las dos anteriores juntas.

Hay más por hacer que por decir: por eso continuaremos llevando de bandera el acto tatuado en la consciencia. Si queda un poco de tiempo y el cansancio no nos vence, también volveremos a escribir porque, a fin de cuentas, lo mejor y lo peor de las pestes —el poema y la lágrima que a los hombres y mujeres saca— también vale la pena ser contado.

*Rita y Mario*



# ocean sur

una editorial latinoamericana  
[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com) • [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

# CRÓNICAS DE LA COVID-19 EN CUBA

En uno de los momentos iniciales, críticos e inciertos de la pandemia de la COVID-19, cientos de jóvenes universitarios se brindaron como voluntarios en centros de atención a pacientes y sospechosos de la pandemia del nuevo coronavirus en Cuba. Algunos estudiantes de Periodismo en la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, decidieron relatar para distintos medios sus vivencias de uno de los episodios más tensos que ha vivido la humanidad en los últimos años.

Las crónicas escritas por Mario Ernesto Almeida y Rita Karo, publicadas en la revista *Alma Mater* en los meses de abril y mayo de 2020, y que ahora conforman este libro coeditado por Ocean Sur y la Casa Editora Abril, no solo acogen sucesos, anécdotas y emociones, sino que se adentran en el mundo interior de hombres y mujeres que se enfrentan por primera vez a una mortal pandemia, y en los que la solidaridad y el altruismo, emergen en su forma más pura.



[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com)  
[www.oceanbooks.com.au](http://www.oceanbooks.com.au)



ISBN 978-1-922501-57-8